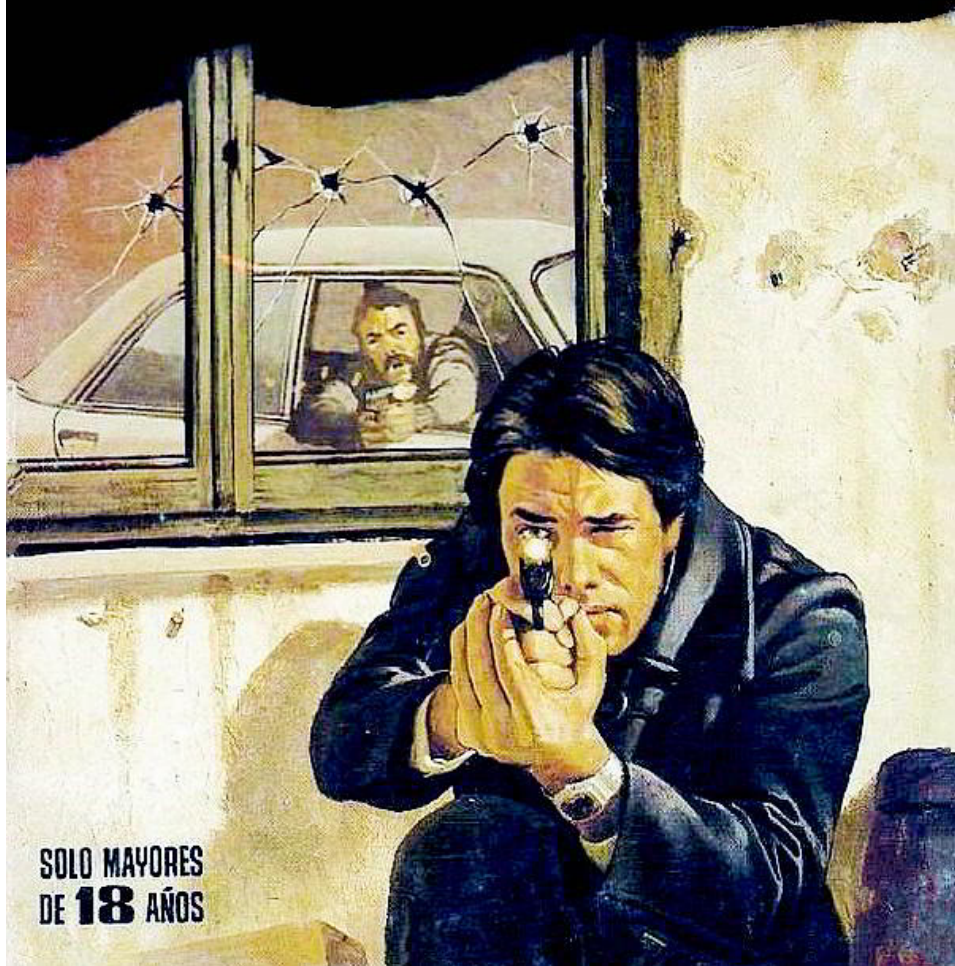


SERVICIO
SECRETO

SS

MURIENDO SERAS FELIZ

Lou Carrigan



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

La culpa de que Malcom Dobbs muriese la tuvieron las mujeres.

Varias mujeres. Pero principalmente una de ellas, una criatura delicada y preciosa, de grandes ojos color miel, de boca sonrosada que también parecía de pura miel, de cuerpo esbelto pero de formas contundentes, y de la que Malcom Dobbs se enamoró de un modo que él jamás habría admitido si alguien se lo hubiera sugerido. ¡Era tan angelical aquella criatura...!



Lou Carrigan

Muriendo serás feliz

Bolsilibros Servicio Secreto 1577

ePub r1.0

Lds 30.01.19

Título original: *Muriendo serás feliz*

Lou Carrigan, 1980

Cubierta: Norma

ePub modelo

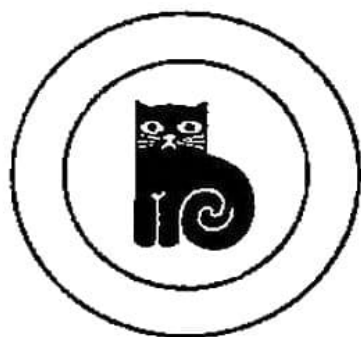
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La culpa de que Malcom Dobbs muriese la tuvieron las mujeres.

Varias mujeres. Pero principalmente una de ellas, una criatura delicada y preciosa, de grandes ojos color miel, de boca sonrosada que también parecía de pura miel, de cuerpo esbelto pero de formas contundentes, y de la que Malcom Dobbs se enamoró de un modo que él jamás habría admitido si alguien se lo hubiera sugerido. ¡Era tan angelical aquella criatura...!

Más vayamos por partes.

Las primeras mujeres que tuvieron la culpa de que el mundo perdiese a Malcom Dobbs fueron unas cuantas amigas suyas, todas ellas griegas, y de las cuales sabía de memoria sus números de teléfono. Malcom no apuntaba nada, todo lo confiaba a su prodigiosa memoria, aumentada y perfeccionada por ciertos cursillos especiales que recibían los agentes de la CIA.

Ah, sí: Malcom Dobbs era espía, agente de la CIA americana, destinado en Grecia, concretamente en Atenas. Y aquí, en Atenas, era donde Dobbs tenía esas amiguitas, todas ellas simpáticas, bonitas, muy agradables... y sumamente complacientes.

Malcom había aprendido bastante bien el griego. Sobre todo, no tenía dificultad alguna para preguntar:

—¿Tienes la noche libre, nena? Me gustaría invitarte a cenar y luego a darle gusto al cuerpo.

Su pintoresco modo de expresarse divertía a sus amiguitas griegas, que lo pasaban estupendamente con «aquel simpático americano representante de una empresa de material fotográfico de Estados Unidos». Nunca decían que no.

Así que llegó el momento en que Malcom Dobbs incluso encontró aburrido eso de agarrar el teléfono, llamar a una chica griega, y decirle lo de la cena y lo de darle gusto al cuerpo. Aquella noche primaveral, Malcom Dobbs, aburrido de tantas chicas complacientes, prefirió dedicarse a escuchar música clásica en su pequeño apartamento de la calle Eratosthenous, cerca del Estadio. De modo que, al quedarse en su apartamento, estaba allí cuando sonó el teléfono. Si hubiera salido con alguna de sus amigas, no habría estado en casa, no habría descolgado el teléfono, y nunca se habría enterado de nada. Pero allí estaba, por culpa del aburrimiento que empezaban a causarle las mujeres, de modo que oyó el timbrado del teléfono, cuya estridencia rompió el encanto musical con el que Malcom estaba recreando su espíritu, harto de recrear la carne.

Por un momento, temió que fuese alguna de sus amigas la que llamaba, pero en seguida rechazó la idea, por una razón muy simple: él no daba a nadie su número de teléfono, salvo que se tratase de relaciones «comerciales». De todos modos, decidió no contestar. Si el teléfono sonaba más de diez veces, contestaría, pero tenía la esperanza de que quien llamaba se cansara antes.

A la decimocuarta llamada, Dobbs se puso en pie, y se acercó refunfuñando al aparato.

—¿Diga? —preguntó en griego.

—¡Malcom! ¿Eres tú?

La magnífica maquinaria mental de Dobbs situó inmediatamente aquella voz en su memoria. Sin la menor dificultad, por otra parte: se trataba nada menos que de la de Robert Ames, entrañable amigo personal de muchos años, compañero en la

CIA,

inteligente y audaz camarada de juergas y peligros.

—¡Bob! —exclamó a su vez, con súbita alegría—. ¡Maldito seas, cariño mío! ¿Desde dónde me llamas? ¡No me digas que estás en Atenas!

—Casi —dijo Bob Ames—. Estoy en El Pireo. Te llamo desde una cabina pública, cerca de tu lancha. Es decir, supongo que todavía te pertenece la Itháki.

—¡Claro que sí! Escucha, voy a...

—No. Escucha tú, Malcom. Voy a hablar poco, pues no es tema

para ser tratado por teléfono. Y escucha bien: quiero que Vengas a El Pireo, y que te reúnas conmigo en tu lancha; vamos a hablar de unas fotografías que tomé en Istanbul... Malcom: tengo pruebas de la cerdada más grande del mundo, quiero que me ayudes a revelar esas fotos... ¡Necesito tu ayuda! ¿Vas a venir?

—Pero, hombre, naturalmente. ¡Y ahora mismo! Pero si necesitas esa clase de ayuda puedo avisar a nuestro...

—¡No! No, no, Malcom, no... ¡No avises a nadie, quiero que vengas solo, sin avisar a nadie! Malcom, viejo amigo, escucha bien esto: Simplemente, ven sólo a tu lancha. ¿Cuánto vas a tardar?

—El tiempo mínimo —susurró Malcom—. No te muevas de ahí.

Colgó, y quedó unos segundos pensativo. Luego, paró el tocadiscos, fue al dormitorio, y del armario sacó la funda axilar con la pistola, siempre a punto, aunque hacía mucho tiempo que no la utilizaba. Se colocó la funda mientras se miraba al espejo. De pronto, sonrió. Bob siempre había sido divertido. Por ejemplo, era divertido aquello de que le llamase «viejo» amigo, a sus treinta y dos años... ¿Dónde había dejado el maldito silenciador? Lo buscó en otro cajón del armario. Allí estaba, metido dentro de un calcetín. Se lo guardó en un bolsillo, se puso la chaqueta, y salió del dormitorio, ahora fruncido el ceño.

Otra faceta característica de Bob era que nunca se asustaba. Tenía sangre de pez de las profundidades, como solía decirle el propio Malcom: es decir, fría, fría, fría... Y, sin embargo, le había parecido asustado en esta ocasión. Bob Anes asustado. Mala cosa.

Pocos minutos más tarde, Malcom Dobbs conducía su coche por la Kalirois Arditou, directo hacia El Pireo. Se conocía el viajecito de memoria, y lo que más le fastidiaba de él era que, como El Pireo y Atenas formaban prácticamente un solo núcleo urbano, casi nunca tenía oportunidad de viajar por campo abierto. Bueno, en el espionaje había cosas bastante peores que ésta.

Unas fotografías. Por supuesto, unas microfotos. Bob era un lince para eso de las fotografías, casi tanto como él mismo... ¿Qué habría querido decir con eso de que no confiase en

NADIE?

Bueno, conociendo a Bob la cosa no tenía demasiado misterio: Bob había querido decir, simplemente, que no confiase en

NADIE.

Y eso sólo tenía un significado: nadie era... pues eso,

NADIE.

Malcom Dobbs había aprendido a tomar precauciones por simple rutina, por instinto. Así que cuando llegó a los desembarcaderos de El Pireo, dentro del Limin, el puerto principal, dejó el coche algo más lejos de lo que acostumbraba cuando tenía que utilizar la lancha. Y tres minutos más tarde se detenía en el borde del embarcadero, frente a la vieja No había luz alguna dentro. Normal. Evidentemente, también Bob estaba tomando sus precauciones.

Saltó a la cubierta, empujó la doble puerta que conducía al pequeño camarín, y, mientras se inclinaba para entrar, murmuró:

—Soy yo, Bob.

Se encendió la luz del interior de la lancha. Malcom parpadeó un instante..., pero viendo ya a los dos hombres que había frente a él. Habían bajado las dos literas, y se habían sentado uno en cada una. Cada uno de ellos empuñaba una pistola con silenciador. Malcom volvió a parpadear, ahora más lentamente.

—Identifíquese —dijo uno de los hombres, en inglés.

Malcom ladeó la cabeza. Aquellos dos hombres eran norteamericanos. De pura cepa. Nada de espías de cualquier nacionalidad entrenados para parecer norteamericanos: lo eran tanto como él.

—Creo —murmuró— que puesto que son ustedes quienes han invadido mi propiedad, les corresponde identificarse.

—¿Quiere que le meta un par de balas en el vientre? Malcom torció el gesto.

—Malcom Dobbs —gruñó—. Soy americano, como ustedes.

—Eso puede cambiar mucho las cosas... Ha llegado usted mencionando el nombre de Bob. ¿Bob Ames, quizá? ¿Es amigo suyo?

—Conozco a un Bob, pero no se apellida Ames —mintió con todo aplomo Malcom.

—¿Cómo se apellida?

—Davenport... Robert Davenport.

Los dos hombres rieron quedamente, y de pronto guardaron sus armas.

—Bueno —dijo uno de ellos—, me parece que hemos estudiado en la misma escuela, Dobbs. Pongamos las cosas en claro: usted es

de la

CIA,

como nosotros mismos, y como Bob Ames. Tenemos a Ames en su lancha.

—Me parece que no comprendo —eludió todavía Malcom.

—Se lo explicaremos en pocas palabras... Robert Ames salió de Istanbul en una lancha cuyo nombre es creo que significa «Adagio» en esperanto. Con esa lancha, que ahora está amarrada a poca distancia de ésta, Ames se vino a El Pireo, navegando como un loco. Nosotros fuimos avisados, supongo que como otros compañeros en toda esta zona, para que vigilásemos. Y nos ha correspondido la suerte de ser quienes hayan localizado a Ames. Éste desembarcó nada más llegar, buscó un teléfono, que está muy cerca de aquí por cierto, y llamó. Luego, se vino directo a esta lancha..., pero nosotros lo detuvimos y ocupamos su lugar para esperar a quien fuese. ¡Imagínese nuestra sorpresa cuando comprobamos que es un compañero nuestro de la

CIA!

—Todavía no he admitido que lo sea.

—Tenemos a Ames en su lancha, la Al parecer, ha hecho algo en Istanbul que no ha gustado a nuestros superiores. ¿Tiene usted algo que ver con eso?

—¿Qué ha hecho?

—Lo ignoramos. Quizá usted lo sepa.

—No.

—Escuche, Dobbs, seamos sensatos, ¿quiere? Para nosotros está bien claro que lo primero y único que ha hecho Ames al llegar a Grecia ha sido llamarle a usted. ¿Por qué?

—Somos amigos hace bastante tiempo.

—¿Amigos personales o por trabajo?

—Primero, personales.

—Eso debe significar que ya se conocían cuando ambos entraron en la

CIA.

—Sí.

—Muy bien. No es nada del otro mundo: hay muchos amigos que deciden correr juntos algunas aventuras. Pero, Dobbs, si usted es un norteamericano leal a la patria y fiel a la

CIA

creo que debe sincerarse con nosotros: tenemos la certeza de que Ames se ha metido en un lío. ¿Va a secundarlo en eso? ¿O quizá ya estaban en combinación para lo que sea que hayan tramado?

—No tengo la menor idea de lo que está ocurriendo.

—Pero Ames le llamó a usted.

—Sí, en efecto.

—Muy bien. ¿Qué le dijo?

—Que me reuniera aquí con él cuanto antes.

—¿Y qué más?

—Nada más. Dijo que no era conversación para tenerla por teléfono, y colgó.

—¿Y con eso tuvo usted suficiente para venir hacia aquí poco menos que volando?

—Sí.

—Está mintiendo —dijo el otro.

Malcom lo miró fríamente, y encogió los hombros.

—Piensen lo que quieran.

—Dobbs, no se pase. Naturalmente que sabemos que es usted un hombre duro: no puede ser de otro modo, igual que Ames. Pero nosotros también lo somos. Usted sabe cómo nos entrenan a todos.

—¿Me están amenazando? —Torció una sonrisa Malcom.

—Parece feo entre compañeros, ¿verdad? —sonrió también el otro—. Pero cuando hay de por medio algo que tiene todos los signos de una traición las cosas pueden ponerse muy desagradables. ¿Quiere que lleguemos a eso?

—No —se mosqueó Malcom—. Escuchen, estamos perdiendo el tiempo y haciendo alardes de lo listos que somos los tres. Mi opinión es que la conversación se desarrollaría por cauces más lógicos si metiéramos en ella al propio Bob Ames. Sugiero que vayamos a esa lancha donde está él, y conversemos juntos. ¿De acuerdo?

—Dobbs: Ames se trajo algo de Istanbul, y nosotros queremos ese algo. ¿Le ha dicho a usted dónde está?

—No sé de qué hablan.

Malcom Dobbs captaba perfectamente que la situación se estaba poniendo tirante, peligrosa, pero no pensaba ceder. Conocía a Bob Ames muy bien, y si Bob le había dicho que no confiase en

NADIE,
él no iba a confiar en
NADIE.

Sólo en el propio Bob Ames.

—Mire, Dobbs —gruñó el que hablaba menos de los otros dos—, su amigo personal Ames ya está... conversando con otro compañero, y según nuestras últimas noticias, no quiere aclarar nada. Hemos registrado su lancha, y no hemos encontrado lo que buscamos. Pensamos que ha podido quizá tirarlo al mar en algún lugar determinado..., y que se lo ha dicho a usted por teléfono, por si acaso. ¿Me he explicado?

—Sí.

—Muy bien. Insisto; ¿qué le ha dicho Ames?

—Que viniera aquí cuanto antes. Sólo eso.

Malcom captó no sólo el mal contenido gesto de rabia de su compañero de la

CIA,

sino su gesto hacia la pistola que antes había guardado. Y decidió que él confiaba más en Robert Ames que en los dos hombres que tenía delante. Si los dos tenían razón, luego daría toda clase de explicaciones.

Ahora, lo que hizo fue alzar el pie, girando un poco, y la punta del zapato impactó con blanco chasquido en la sien del hombre que se disponía a sacar su pistola; de la boca de éste brotó un ronquido entrecortado, y cayó de lado en la litera, con los ojos abiertos. El otro lanzó una exclamación, palideciendo, y movió también a toda prisa su mano... Malcom saltó hacia él, apretó la mano derecha del otro contra el pecho utilizando su izquierda, y disparó el puño derecho. La mandíbula del hombre de la

CIA

crujió, y todo el cuerpo salió disparado contra el casco de la lancha.

Rebotó allí, quedó de pie ante la litera, y su mano derecha insistió en sacar la pistola. Malcom vio sus ojos turbios, la mirada perdida, pero no tuvo compasión alguna. Hundió el puño izquierdo en el hígado de su compañero, y casi simultáneamente lanzó la derecha de nuevo hacia la barbilla. Esta vez, el otro no se movió. Como el anterior, quedó tendido en la litera.

La lancha oscilaba suavemente en las quietas aguas del

embarcadero.

Malcom Dobbs se pasó la mano por la boca, que notaba seca. Titubeó un par de segundos antes de registrar a los dos hombres, procediendo en primer lugar a quitarles sus armas, que dejó en una litera. Luego se ocupó de sus billeteras. Noah Martin y Joseph Kramer, norteamericanos. Hasta aquí, bien. Pero... ¿y el resto?

En menos de dos minutos ató de pies y manos a Kramer y Martin, utilizando unos finos sedales de nylon fortísimos. Luego metió las dos pistolas en una bolsa de plástico opaco, y salió de la lancha, dejando la luz encendida.

Tan sólo tres minutos más tarde había localizado la lancha que llevaba el nombre de Adagio.

CAPÍTULO II

También en aquella lancha estaba encendida la luz del camarín. Estuvo mirándola especulativamente unos segundos. Luego, disimuladamente, metiendo las manos en la bolsa de plástico que suspendió de su muñeca izquierda por las dos asas, procedió a colocar el silenciador en su pistola.

No más riesgos, puesto que había comprendido que aquellos hombres, compañeros suyos de la

CIA

o no compañeros, estaban dispuestos a todo. En la lancha debía haber otros dos, custodiando a Bob Ames.

Muy bien.

Saltó sin ninguna preocupación a la cubierta de la lancha consciente de que desde dentro le iban a oír. No importaba. Empujó la puerta de acceso al interior, mientras oía:

—¿Kramer?

Entró, ya con la pistola en la mano, que apuntó en el acto hacia el hombre que estaba sentado en un taburete junto a una litera.

—Quietos —susurró Malcom—. No mueva ni un párpado.

El otro ni siquiera se había sobresaltado. Era muy rubio, de ojos claros, de facciones angulosas, frías. Vestía muy muy bien, con mucha elegancia..., pero en una solapa de su impecable traje Dobbs vio las pequeñas manchas oscuras que identificó en seguida como sangre.

Junto a este hombre, en la litera, había otro, tendido, inmóvil. Malcom sólo veía el bulto de su cuerpo. Desvió un instante la mirada, y se estremeció al ver en qué estado se hallaba aquel hombre, en cuyo rostro le costó no poco identificar las facciones de Robert Ames por entre los manchurrones secos de sangre. Fue una

mirada que duró una fracción de segundo. En seguida, pálido, Malcom volvió a mirar al sujeto de los ojos claros.

—La puta que te parió, cerdo... —jadeó.

El otro también palideció, pero no dijo nada. Había colocado sus manos grandes y pálidas, hermosas, sobre las rodillas. Dobbs movió significativamente la pistola.

—Ponte en pie —dijo entre dientes.

—Espere un momento —murmuró el otro—. Usted es americano, ¿no es cierto? Y si no me equivoco, de la CIA.

Es decir, que estamos en el mismo bando...

—También Ames está en el mismo bando, ¿no? ¡Y mire lo que han hecho con él!

—Usted no entiende. Este hombre...

—¿Cuál es su nombre? —cortó Dobbs.

—¿El mío? Coventry. Dean Coventry. Escuche, este sujeto...

—Le he dicho que se ponga en pie. ¡Con las manos sobre la cabeza!

—Está cometiendo un error, amigo.

—Usted está cometiendo el error al no obedecerme, amigo. No volveré a repetirle que se ponga en pie.

El otro apretó los labios, subió lentamente las manos hasta su cabeza, y se puso en pie. Era delgado, más alto que Malcom, pero menos atlético, menos fuerte. Malcom volvió a mirar brevemente a su amigo Bob, y sintió una violenta subida de sangre a la cabeza. Dio un paso, y al instante, simplemente alzó la pierna derecha, con terrible fuerza, incrustando el pie entre las ingles de Dean Coventry. Fue un patadón escalofriante en los testículos, y Coventry saltó, encogiéndose y profiriendo un profundo gemido. Cayó hecho una bola, de rodillas y cara, y en seguida rodó de lado y quedó inmóvil, desencajado el rostro.

Malcom colocó bien el taburete, y se sentó junto a Robert Ames. Guardó la pistola, y con dos dedos asió la barbilla del «viejo» amigo. Tan viejo como él mismo: Robert Ames tenía treinta y tres años exactamente.

—Eh, Bob, much...

La cabeza de Robert Ames se movió blandamente.

Malcom Dobbs pensó, absurdamente, que el cuello de Bob era

como una media vacía y mojada. No había resistencia alguna en aquel cuello bien musculado, de atleta.

—No —gimió Malcom Dobbs—. ¡No!

Pero era sí. Robert Ames estaba muerto. Tenía el cuello roto. Vanamente, desesperadamente, Malcom buscó el menor signo de vida en el cuerpo de su amigo.

—Dios...

Fin. Robert Ames había terminado su partida en aquel juego, en el que jamás volvería a participar. Durante más de un minuto Malcom Dobbs estuvo mirando obsesionado aquel rostro rígido, manchado de sangre. Le habían golpeado, y habían acabado rompiéndole el cuello. ¡Sus mismos compañeros de la

CIA!

¿Era esto posible? Pero... ¿qué había hecho Bob? ¿De qué lo acusaban?

Y de pronto, Malcom recordó que había sido Bob quien le había dicho a él que tenía unas fotografías, que tenía pruebas de la cerdada más grande del mundo. ¿Eran éstas las palabras de un traidor? Unas fotografías...

Giró en el taburete. Sólo entonces reparó en que todo estaba revuelto en el interior de la lancha, y que había destrozos por todas partes. Estaba bien claro que no sólo le habían golpeado para que les dijera dónde estaban las fotografías, sino que además las habían buscado por su cuenta. Pero Ames había mantenido la boca cerrada. Ni siquiera había dicho a quién había llamado por teléfono, no le había delatado a él. ¡Y él había sido tan estúpido de decirles a Kramer y Martin quién era! ¿Qué haría la

CIA

ahora? Pues lo llamaría para interrogarlo, lo tratarían como... como a Bob Ames. Lo considerarían su cómplice, su... heredero.

Heredero de unas fotografías.

Unas fotografías que tres agentes de la

CIA

no habían sabido encontrar. Pero, ciertamente, aquellos tres puercos no conocían a Robert Ames como lo conocía él. Se puso en pie, y estuvo unos segundos pensativo.

Luego se fue directo a la diminuta cocina que había a un lado del pasillo de entrada, formando parte de éste. Un pequeño fogón a

butano, y encima las demás cosas. Bob había sido un fanático del «Catsup», y él lo sabía. Agarró la botella, y retiró el tapón metálico roscado, de cuatro centímetros de diámetro. Siempre se había preguntado por qué los fabricantes de salsa de tomate habían optado por envasar el producto en botellas de cuello tan amplio...

Comenzó a vaciar la salsa de tomate en un vaso grande, y en seguida apareció el obstáculo, que retiró cuidadosamente. No se sorprendió en absoluto. En realidad, había pocas cosas que Ames pudiera haber hecho que le causaran sorpresa. Una de ellas, traición. Pero no le sorprendió encontrar dentro de la botella de «Catsup» aquel envoltorio de plástico, que lavó cuidadosamente. Dentro de la bolsita, vio el encendedor de Robert Ames. No «un» encendedor, sino «el encendedor» de Bob; el que contenía la microcámara para obtener fotografías incluso en condiciones técnicas poco propicias.

Tras breve reflexión, volvió a meter la bolsita dentro de la botella, vertió en ésta también el jugo de tomate que había en el vaso, la cerró, y la colocó donde la había encontrado. Cerró el armarito, lavó la pequeña pila y el vaso, y volvió a sentarse en el taburete, mirando de nuevo a su amigo.

Muy bien, tenía que hacer algo, pero... ¿qué? Si entregaba las fotografías a su jefe, sería como echar a perder todo el trabajo que a Bob le había costado la vida a manos de la propia

CIA.

¿Por qué había de confiar él en la

CIA

si Bob no lo había hecho, lo cual no podía estar más claro? Un agente de la

CIA

que no confía en la

CIA,

que huye de la

CIA

escamoteándole unas fotografías... ¿Qué contenían aquellas microfotos?

Oyó un quejido en alguna parte, pero estaba tan absorto que no reaccionó. Lo oyó, pero no lo escuchó, no lo asimiló. De pronto, recordó que lo había oído... Respingó, se puso en pie de un salto,

volviéndose hacia Dean Coventry, y lo vio tendido en el suelo, pero sacando ya la pistola. Coventry aceleró el movimiento, muy abiertos los ojos. Dobbs adelantó un paso, y de nuevo utilizó el pie. La boca de Coventry reventó en un surtidor de sangre, crujieron los dientes, la cabeza, la frente golpeó en el suelo. Dean Coventry ya no se movió. Malcom le quitó la pistola, y la guardó en la bolsa de plástico con las de Kramer y Martin.

Examinó a Coventry. Estaba vivo, pero en adelante ya no sería guapo. Le había machacado los labios y partido cuatro dientes. Una carnicería que nunca olvidaría. Dejó caer la cabeza, que resonó secamente.

—Me pregunto qué harán conmigo si me cazan —murmuró.

La perspectiva no le pareció en absoluto agradable. Fuese por lo que fuese, al ponerse de lado de Ames, lo tratarían como a éste mismo. Claro que si él revelaba las fotografías, que sin duda explicarían la actitud de Ames, todo podría solucionarse. Es decir, que tenía que revelar las fotografías. Pero no en Atenas. ¡Ah, no, en Atenas, no! Era demasiado conocido no sólo por la gente de la CIA,

lógicamente, sino incluso por agentes de otros servicios de espionaje. En realidad, se conocían prácticamente todos unos a otros. En ocasiones le había parecido divertido, pero ahora le parecía todo peligroso e inquietante.

De acuerdo: se iría de Atenas.

Tenía una lancha, ¿no? No la suya, que era tan conocida como él mismo, sino la de Bob. Buscó las llaves de la ignición en los bolsillos de las ropas de Bob. Allí estaban. Así que todo lo que tenía que hacer era marcharse. ¡Y cuanto antes!

Decidió el rumbo sin vacilaciones. Iría hacia el Oeste, cruzaría el canal de Corinto, el golfo de Lepanto, el de Patras... Doseientos kilómetros hasta salir al mar Jónico. Y de allí, a Italia. En Italia las cosas le irían mejor que en Grecia. Tenía en Roma un amigo en el que posiblemente podría confiar...

Miró su reloj. Eran las nueve y media de la noche. Navegando sin parar, podía estar antes de las dos de la mañana en Patras, donde se vería obligado a repostar, por muy lleno que dejase el depósito de la Adagio antes de salir de El Pireo. Las dos de la mañana en Patras. Perdería tiempo, entre unas cosas y otras. Una

hora, por lo menos. O sea, las tres de la mañana cuando estuviese listo para continuar el viaje la mañana le encontraría en pleno mar Jónico... Si enviaban lanchas o helicópteros a buscarlo, lo encontrarían muy pronto. Conocía el sistema, se sabía de memoria todos los trucos.

Sacudió la cabeza.

Por el momento, saldría de El Pireo, y ya vería qué era más conveniente hacer sobre la marcha.

Media hora más tarde había repostado, llenando completamente el depósito. Poco más tarde pasaba por la parte sur de la isla de Salamis, directo hacia el estrecho de Corinto..., dejando atrás, arrojado por encima de la borda de un puntapié, a Dean Coventry, con la seguridad de que se las arreglaría para llegar a nado a Salamis. ¡Y si no lo conseguía, peor para él! Desde luego, Coventry se apresuraría a decir que él iba hacia el Oeste..., lo que quizá les hiciera creer que se dirigía precisamente en dirección contraria, y que había querido engañarlo. Bueno, que creyeran lo que quisieran. ¡De un modo u otro, la búsqueda sería por todas partes...!

No era una perspectiva alentadora, ciertamente. Mucha gente cree que cuando alguien le busca le basta esconderse en cualquier parte, y esperar tiempos mejores. El, en cambio, sabía muy bien cuáles eran los resortes y recursos de la

CIA

en Europa. Para la

CIA,

buscar una aguja en un pajar era cuestión de rutina, estaban tan acostumbrados a hacerlo que la aguja era hallada siempre, y sin perder demasiado tiempo.

¡En buen lío se había metido!

Pero ni por un momento culpó a su amigo Bob, ni lo maldijo: cuando uno encontraba un amigo como Robert Ames, todo lo que tiene que hacer es confiar en él. Sólo que... ya no lo tenía. Sólo tenía su cadáver, allá dentro, envuelto ahora en una manta y escondido bajo la litera. ¡Dios...! ¡Gran destino para un hombre que sé había pasado más de tres años jugándose la vida por la

CIA!

La brisa era fresca, casi fría, en el golfo de Lepanto. El cielo estaba lleno de estrellas.

A las dos y cuarto de la madrugada llegó a Patras, y no le fue precisamente fácil repostar. Tuvo que dar una buena propina, y entre esto y el poco dinero que llevaba encima cuando salió de Atenas para reunirse con Ames, se encontró poco menos que en la miseria. No obstante, con el depósito lleno y algunas latas de combustible de repuesto, sabía que podría llegar a Italia..., al menos, en teoría. En realidad, la

CIA

tenía la última palabra: disponían a cualquier hora y en cualquier lugar de barcos, yates, avionetas, helicópteros...

Sonriendo ceñudamente tras pagar el combustible, se dispuso a saltar a la lancha para reanudar el viaje cuando vio a los dos hombres de pie en el borde del embarcadero, justo frente a su lancha. Al mismo tiempo, una figura de mujer aparecía junto a él. Oyó su voz, en gracioso inglés:

—Usted es el americano que ha escapado de Atenas, ¿verdad?

La miró. Era preciosa. La luz eléctrica podía engañar, pero estuvo seguro de que sus cabellos eran rojos; como una llamarada. Su boca era grande y llena, sus facciones un poco exóticas, sus ojos rasgados y claros. Llevaba un ligero abrigo, pero con cuello de piel blanco. Bueno, en realidad la clasificó en seguida: era una agente rusa.

—Perdone —dijo en griego—, pero no comprendo... ¿Habla usted griego?

—Sí —rió ella—. Pero es absurdo que los dos hablemos en idioma ajeno. Al menos, hable usted en el suyo.

Había seguido hablando en inglés. Malcom movió la cabeza.

—No la entiendo, señorita, disculpe —insistió por su parte en hablar en griego—. Pregunte por allí, quizá la entiendan... ¿Me comprende usted?

—Escuche, yanqui —dijo ella amablemente todavía—: hay dos hombres frente a usted y otro a su espalda. En cuanto a mí, tengo una pistola empuñada con la mano que llevo dentro del bolsillo del abrigo. Podemos acribillarlo a usted aquí mismo o podemos conversar... de modo razonable. ¿Qué prefiere?

—Siempre he sido partidario del diálogo —masculló Malcom

Dobbs, señalando la lancha—. La invito a tomar un trago. Pero a usted sola.

—No diga tonterías.

Malcom se resignó. Por otra parte, la muchacha rusa le habría parecido idiota total si hubiese aceptado meterse sola con él en la lancha. En aquel juego nadie engañaba a nadie. Sabían que él era de la

CIA,

y por tanto un hombre preparado para superar muchos obstáculos, así que se lo pondrían bien difícil.

Entraron en el camarín de la lancha por este orden: primero los dos rusos que habían esperado al borde del embarcadero. Luego Dobbs, que naturalmente se encontró frente a dos pistolas que le apuntaban firmemente al pecho. Por último, la muchacha. Ésta, apenas entrar, deslizó su blanca y bonita mano hacia la axila izquierda del norteamericano, y le quitó la pistola del silenciador. Dobbs no dijo nada. Tenía tres pistolas más escondidas allí mismo; es decir, dos allí, en el camerín, y una junto a los mandos de la lancha. Bueno, no había que precipitarse.

La chica rusa era en verdad bonita. Sí, pelirroja, de ojos claros, boca apetitosa.

Veinticinco años, más o menos. Inteligente... Y simpática.

—¿Qué puede ofrecernos para beber? —preguntó amablemente.

—Realmente, no lo sé. Esta lancha es... prestada. Todavía ignoro qué tengo por ahí.

¿Puedo mirar?

La muchacha rusa sonrió de nuevo.

—Mi nombre es Irina —dijo—. ¿Y el de usted?

Malcom pensó en soltar cualquier nombre, pero desistió. Sabía que muy pronto los rusos sabrían de él todo cuanto se podía saber. Se interesarían mucho por el americano que había escapado de Atenas tras enfrentarse a sus propios compañeros, cosa que ya sabían, naturalmente. Bien, en realidad ya se estaban interesando por él. Era una tontería mentir.

—Malcom Dobbs.

—Encantada, señor Dobbs —la muchacha señaló con un gesto de barbilla hacia sus dos silenciosos compañeros—. Ellos son simplemente Oleg y Fedor. ¿Podemos confiar en que usted es

inteligente... a pesar de lo que ha hecho en El Pireo?

—Soy bastante inteligente —casi sonrió Malcom.

—Entonces, no tenemos inconveniente en que busque algo de beber. Usted comprende, ¿verdad?

Dobbs asintió. Comprendía perfectamente: si en lugar de buscar bebida buscaba un arma o recurría a cualquier truco, lo iban a matar. Eso era todo.

Señaló hacia el pasillo.

—El único sitio donde puede haber algo es en el armario de la cocina. Venga conmigo, si quiere.

Irina le acompañó. Malcom abrió las pequeñas puertas, y echó un vistazo. Lo primero que se veía era la botella de «Catsup». La apartó, junto con otras pequeñas botellas, un pimiento, el salero... No había nada para beber. Malcom movió la cabeza, cogió la botella de «Catsup» y la mostró a la muchacha.

—¿Jugo de tomate? —ofreció.

—No —rió ella—. Su intención ha sido buena, de todos modos. Tendremos que conversar sin el estímulo de un buen trago.

—Creía que cada ruso llevaba una botella de vodka bajo el brazo.

—Lo tendremos en cuenta para nuestra próxima entrevista. Al parecer, nos hemos decepcionado el uno al otro: yo estaba convencida de que todos los americanos llevaban una botella de *whisky* en el bolsillo de atrás del pantalón.

—Vivir para aprender —sonrió Malcom.

—Siéntese, señor Dobbs —señaló ella hacia dentro—. Vamos a tomarnos las cosas con calma.

—Allá usted —dijo él.

—Sí, ya sé que los americanos le están buscando, y que pueden encontrarlo en cualquier momento. Pero, por ahora, quienes le hemos encontrado somos nosotros. Y le diré cómo ha sido. —Malcom se había sentado en el borde de la litera bajo la cual estaba el cadáver de Ames, y la muchacha se sentó en la de enfrente—. Fuimos enviados a toda prisa a Patras porque al parecer, la lancha había tomado ese rumbo, después de ciertos incomprensibles acontecimientos en El Pireo. ¿Qué pasó allí?

—Tuve un desacuerdo con unos compañeros.

—¿Por qué motivo?

—Cuestión de mal carácter.

—¿De usted o de ellos? —sonrió Irina.

—Digamos que de todos.

—Es usted un magnífico embustero, señor Dobbs.

—¿Por qué dice eso?

—Es evidente que algo importante está ocurriendo. De otro modo, su compañero de Istanbul no habría matado a uno de los nuestros en esa ciudad.

—¿Qué dice? —murmuró Malcom.

—¿No lo sabía? ¿No sabía usted que el agente americano que escapó de Istanbul en la lancha había matado a un agente ruso?

—No... No lo sabía.

—Conocemos ya el nombre de su compañero: Robert Ames. Era uno de los buenos elementos con que contaba la CIA

en Istanbul. De pronto, Robert Ames mata a uno de los nuestros, y escapa... perseguido por la propia

CIA.

Lo lógico habría sido que la

CIA

lo protegiese de nuestra persecución, ¿no le parece?

—Sí... Eso habría sido lo lógico, en efecto.

—¿A qué cree usted que se debe éste ilógico comportamiento de la

CIA?

—No tengo ni idea. ¿Por qué mató mi compañero al de ustedes?

—Tampoco tenemos ni idea de eso. Lo único que sabemos es que nuestro compañero de Istanbul tenía turno de vigilante sobre Robert Ames... Usted ya sabe cómo funciona todo esto: hoy te vigilo yo a ti, mañana me vigilas tú a mí. Rutina.

—Sí... Así es. Bueno, pienso que si Ames mató al compañero de ustedes tendría sus motivos, ¿no?

—Hay que aceptarlo así —admitió Irina—. Y esperamos que usted comprenda que queremos saber qué motivos fueron éstos.

—Lo comprendo. Pero le aseguro que los ignoro. ¿Cómo se llamaba su compañero muerto por Ames?

—Gennadi Kovarian.

—Kovarian... —reflexionó Malcom; movió negativamente la

cabeza—. Lo siento, no me suena. Pero conocía muy bien a Bob Ames, éramos buenos amigos. Si mató a Kovarian tendría muy buenos motivos, como acabo de decirle. Pero no sé cuáles. Ni se me ocurre.

Irina estuvo unos segundos mirando fijamente a Dobbs. Sacó un paquete de cigarrillos, ofreció al americano, y éste le ofreció la llama de su encendedor. Tras unos segundos de fumar pensativamente, Irina murmuró:

—Vamos a enfocar el asunto de otro modo, señor Dobbs. Ames mata a Kovarian en Istanbul, escapa en la lancha unos y otros teníamos que localizarlo pronto. Ames tenía que saber esto..., y, sin embargo, sigue en la lancha, directo como una flecha hacia Atenas. Yo pregunto: ¿por qué?

Malcom Dobbs sonrió. No estaba conversando con ninguna tonta.

—Está claro —dijo— que ustedes han comprendido ya que si Ames navegó tan obstinadamente hacia Atenas, afrontando cualquier dificultad, fue porque esperaba encontrar ayuda allí.

—Sí, eso pensamos —sonrió también Irina—. Y considerando lo sucedido en El Pireo entre usted y otros agentes de la CIA,

parece que la cosa está clara: ¿Ames venía a pedirle ayuda a usted, señor Dobbs?

—Sería una estupidez negarlo. Es usted muy inteligente, Irina.

—Ames vino a buscarlo a usted. Y ahora, él no está en la lancha y usted sí.

¿Puede decirnos dónde está Ames?

Malcom señaló hacia el suelo.

—Debajo de esta litera —murmuró.

Los dos rusos reaccionaron con cierto sobresalto, apuntando ahora un poco más abajo, posiblemente temiendo que Ames disparase desde allí. Pero Irina hizo un gesto con la mano que sostenía el cigarrillo, y musitó:

—¿Está muerto?

—Sí.

—¿Lo mataron los de la

CIA?

—Sí.

—¿Por qué?

—Al parecer, buscaban algo que Bob se había traído de Istanbul.

—¿Sí? ¿Qué cosa?

—Lo ignoro.

—Señor Dobbs, parece que usted no sabe nada de nada, pero se está jugando la vida.

Eso parece estúpido, ¿no cree?

—Puedo decirle lo que pasó, y luego usted verá si continúa pensando que soy un estúpido.

—Le escucho.

—Bob me llamó desde una cabina telefónica de El Pireo. Me dijo que me esperaba en mi lancha, y naturalmente, acudí a toda prisa. Cuando llegué a mi lancha, me encontré con dos compañeros de la CIA.

Querían saber qué me había dicho Bob. Les dije que nada, que sólo me había pedido que me reuniera con él cuanto antes. No me creyeron, y se pusieron desagradables, así que les di unos golpes y pasé a la lancha donde me habían dicho que tenían a Bob. Y allá estaba, con otro compañero de la

CIA.

Habían registrado toda la lancha en busca de algo, y Bob estaba muerto. Esto me enfureció, así que también... maltraté un poco al hombre que estaba con Bob. Luego, llené el depósito de combustible, tiré por la borda a mi compañero, cerca de la costa, y... aquí me tiene.

—Sin saber nada de nada.

—Nada de nada.

—Pero entonces, es una estupidez por su parte huir. Todo lo que tiene... lo que tenía que hacer era convencer a sus compañeros de que no tenía nada que ver con el asunto personal de Ames.

—Ya intenté convencerlos, y sé que se disponían a meterme un par de balas en las tripas. Sé que lo habrían hecho. De modo que he optado por largarme. Pretendo esconderme hasta que este maldito asunto se aclare de un modo u otro... No me cree, ¿verdad?

—Es todo tan absurdo que no tengo más remedio que creerle —alzó las cejas Irina—. De todos modos, hemos llegado a una conclusión: la

CIA

está buscando algo que Ames se trajo de Istanbul. Por eso registraron la lancha. Y tiene que ser algo pequeño, ¿no le parece? Algo que puede esconderse en cualquier sitio... ¿Unas fotografías, quizá?

Malcom Dobbs contuvo un estremecimiento y consiguió decir con tono indiferente:

—Podría ser eso... ¿Por qué no? Bob era un experto en conseguir microfotos. Sí..., podría ser eso, desde luego.

—¿Y no tiene usted esas fotografías?

—No.

Irina estuvo unos segundos mirándole con aquel gesto suyo, reflexivo, inteligente. De pronto, sonrió una vez más.

—¿Será tan amable de desnudarse completamente, señor Dobbs? Luego, siéntese en ese taburete, en el rincón de proa, y, por favor, permanezca inmóvil todo el tiempo. ¿Está de acuerdo?

—Si me dan una manta después que me haya desnudado, sí.

—Por supuesto. Empiece a desnudarse, señor Dobbs. Muy muy lentamente: no tenemos prisa.

CAPÍTULO III

Los rusos procedieron a un sistemático registro de todo cuanto se podía registrar, empezando por las ropas de Malcom Dobbs, y terminando por el cadáver de Robert Ames, que yacía ahora, patético, sobre la manta. Registraron también el camerín, sin encontrar el encendedor, por supuesto, pero sí las dos pistolas que Malcom había escondido. Mientras tanto, Malcom permaneció sentado en el taburete, envuelto en una manta, sin moverse para nada. Estaba seguro de que no iban a encontrar el encendedor de Bob, así que no tenía por qué hacer nada. Sólo esperaba.

Y la espera terminó.

—Está claro —dijo de pronto Irina, mirándole atentamente— que lo que buscamos puede estar en cubierta también, señor Dobbs. ¿Qué le parece?

—Puede estar en cualquier parte..., suponiendo que Bob no se deshiciera de ello durante el viaje.

—¡Oh, vamos, usted no puede creer eso!

—Ya no sé qué creer. ¿Puedo vestirme?

—Naturalmente. ¿Qué pensaba hacer con el cadáver de Ames?

—Arrojarlo al mar, cerca de la costa de la isla de Itaca: a los dos nos gustó siempre el personaje Ulises.

—Pero eso es un poco... impropio, ¿no? Ustedes, los americanos, envían a casa sus cadáveres, siempre que pueden.

—¿Cree que estoy en condiciones o situación de hacer filigranas? —Gruñó Malcom.

—No demasiadas. Pero podría dejar el cadáver en cualquier sitio desde el cual pudiera ser enviado a cualquier embajada americana.

—Eso implicaría dejar una pista de mi paso.

—¿Qué más da, señor Dobbs? Vaya usted adonde vaya, la

CIA

lo encontrará, todos sabemos eso. Simplemente, usted se está complicando la vida, jugándosela incluso, a cambio de nada.

—¿Por qué no me hace alguna sugerencia interesante? —Gruñó de nuevo Malcom.

—Tengo una muy buena: nosotros vamos a quedarnos con el cadáver de Robert Ames, y usted podrá seguir su camino. Mi consejo, claro está, es que abandone cuanto antes esta lancha, y utilice otros medios para viajar.

—No dispongo de otros medios. Ni siquiera tengo dinero... Y además, no comprendo esto: ¿para qué quieren el cadáver de Bob?

—Le aseguro que después de utilizado tendremos el gesto de avisar a la

CIA

para que lo recoja en algún lugar discreto.

—Eso es muy amable por su parte, pero sigo sin comprender para qué lo quieren.

—Lo que todos estamos buscando tiene que ser algo muy pequeño. Tan pequeño, señor Dobbs, que muy bien pudo ser ingerido por su amigo Ames, ¿no le parece?

La representación teatral de Malcom fue perfecta: primero abrió mucho los ojos, y miró como sobresaltado el cadáver de Ames; luego miró a Irina, de nuevo a Ames... Por fin, masculló un reniego, y acabó apretando los labios. Irina se echó a reír.

—¿De verdad no se le ocurrió eso? —preguntó.

—Váyase al infierno —masculló Malcom.

—No se lo tome así, señor Dobbs. Bien, creo que nos llevaremos el cadáver cuanto antes. Por suerte, a estas horas no nos va a ver prácticamente nadie. Y si nos ven, puede parecer que trasladamos ropa, o cualquier otra cosa. Empaquetadlo de nuevo, Fedor.

Los rusos envolvieron de nuevo el cadáver de Ames en la manta, haciéndolo de tal modo que se disimuló la forma de un cuerpo humano. Malcom había terminado ya de vestirse. Irina se fumó otro cigarrillo.

—Esto ya está —dijo Fedor.

—Marchaos con él. Yo me quedaré con el señor Dobbs un buen rato todavía. No preocuparos por mí: nos reuniremos sin problemas.

—Pero ¿por qué quieres quedarte? —se sorprendió Oleg.

—Parece como si de pronto todos fuésemos un poco tontos —dijo Irina—. ¿Qué dice a esto, señor Dobbs?

—No sé.

—¿No se le ocurre por qué quiero quedarme un par de horas con usted?

—Supongo que para impedirme que avise inmediatamente a la CIA.

Usted piensa que entre la

CIA

y ustedes, me pondré del lado de la

CIA,

y que les avisaría respecto a la posibilidad de que lo que todos buscamos esté en el estómago de Bob. Sería un buen modo de congraciarme con mis compañeros. Para evitar esto, usted quiere dar dos horas de ventaja a sus compañeros, tiempo suficiente para llevar a Bob a un sitio donde podrá ser... examinado.

—Se le tratará lo mejor posible —murmuró Irina—: no será peor que una simple autopsia. Marcharos ya.

Fedor se resistió.

—Puede ser peligroso para ti quedarte sola con...

—No digas tonterías. El señor Dobbs no va a hacerme ningún mal. ¡Bastante complicada tiene la vida llevando detrás a la

CIA

para echarse sobre los talones a la

MVD!

¿No piensa así, señor Dobbs?

—Sí —masculló Malcom.

—De todos modos —sonrió Irina—, decidle a Anton que se quede por ahí fuera, por si el señor Dobbs se volviese tonto de repente. Pero no hay cuidado: el señor Dobbs no haría daño alguno a una chica amable y bonita como yo. ¿Verdad, señor Dobbs?

Malcom refunfuñó algo, con gesto hosco. Una vez más sonrió la espía rusa. Sus compañeros salieron del camerín llevando entre ambos el bien empaquetado cadáver de Robert Ames. La lancha osciló, se oyó ruido de pies en cubierta, hubo un fuerte balanceo. Luego, lentamente, la lancha se fue estabilizando, hasta quedar inmóvil. La rusa miraba con renovada atención al americano: metro ochenta y dos, de músculos bien proporcionados, boca de formas

aquilinas, frente hosca, rasgos duros, boca grande y fina, barbilla sólida y saliente... Bajo los castaños cabellos, los ojos grises del espía, americano escrutaban a su vez a la espía rusa.

—¿Qué mira ahora? —masculló.

—Es usted un hombre muy atractivo, señor Dobbs.

—Ah, ya. Sí, lo sé.

—¿Dé veras? Parece que la modestia no es su fuerte.

—El sol calienta. Yo soy atractivo. Usted es pelirroja. Estamos en primavera. Es de noche en Grecia. Mañana será otro día... Todo esto son simples verdades que no veo por qué habría que disfrazar.

—Es usted un hombre interesante. ¿Está casado?

—Claro que no —se sorprendió Malcom.

—¿No le gustan las mujeres?

—Más que nada. Sólo que últimamente estoy un poco empachado de ellas.

—¡Oh! Vaya, debe usted tratar con mujeres... poco agradables, supongo. Malcom la miró irónicamente.

—Cualquiera de las chicas griegas con las que me he acostado era más bonita que usted.

—No me diga... Vaya, señor Dobbs, o es usted un poco cegato o simplemente no me ha mirado bien.

—No tan bien como usted mí antes, pero no soy ciego. Me basta con lo que veo para valorarla.

—¿Incluso con el abrigo puesto?

—Una mujer es bonita con o sin abrigo.

—Pero el cuerpo no se ve igual con abrigo que sin abrigo.

—No, desde luego. Pero cualquier mujer puede vestirse de modo que resulte atractiva.

—Según eso, la verdad está en el desnudo, señor Dobbs.

—Sin duda alguna —de nuevo hubo un destello irónico en los ojos del americano—. Quizá podría valorarla adecuadamente si la viese desnuda.

—¿Le gustaría?

—A decir verdad, me tiene sin cuidado. Ya no me sorprendo por nada.

—Eso es mucho hablar.

—Bueno, pues desnúdese, a ver si me mata del pasmo, nena.

Irina frunció el ceño, y estuvo así unos segundos. Luego se quitó

el abrigo. Debajo llevaba un conjuntó de punto, de color azul, en el que era esbelta, las caderas sugestivamente amplias. Malcom Dobbs alzó las cejas, con el gesto de quien espera algo más. Irina se quitó la prenda superior y la falda. Debajo llevaba solamente el sujetador y la braguita, también de color azul. Su cuerpo se veía ahora muy bien, y era realmente hermoso, pero Malcom puso cara de aburrimiento. ¿Adónde quería ir a parar la ruta?

—¿Todavía no está convencido, señor Dobbs? Malcom encogió los hombros.

—Conocí una vez una chica, en Nueva York, que tenía un tipo más o menos como el de usted. Cuando se quitó el sujetador, los pechos casi le llegaron a las rodillas. En cuanto a lo otro, lo llevaba afeitado. Tuve un trauma de muerte.

Irina rió, y se quitó el sujetador. Los pechos, grandes, macizos, sólidos, apenas descendieron unos milímetros. Cuando se quitó la última prenda, Malcom pudo comprobar que ella no se había afeitado. Se quedó mirando los densos rizos rojos.

—Chocante —dijo—: es usted pelirroja de los pies a... la cabeza. Oiga: ¿no tiene frío?

—Un poco nada más. ¿Qué se le ocurre para calentarme?

—Mis ideas al respecto son muy claras, pero no sé si merecerán su aprobación.

—Pruebe a ver.

Malcom Dobbs se acercó, y puso sus grandes manos sobre los pechos de Irina, que le miró a los ojos, sonriendo.

—Tiene las manos frías, señor Dobbs —susurró.

—Dicen que manos frías delatan un corazón caliente.

—¿Quiere decir que está usted... caliente?

—Bueno, no soy de piedra. Y como estamos en plan serio, no me queda más remedio que admitir que sus pechos son formidables, Irina.

—¿Y qué más?

—El resto está a la misma altura. Y su boca parece... acogedora. No sé si va a creermelo, pero nunca he besado a una mujer rusa.

—Pues no sabe lo se ha perdido.

—Dicen que todo sucede siempre una primera vez.

—Yo tampoco he besado nunca a un americano.

—Casualidades de la vida. Por poco listos que seamos, los dos

podemos aprender algo en este encuentro.

—No hay que desaprovechar ninguna ocasión de nuevas experiencias —susurró ella.

—Cierto —admitió él.

Deslizó las manos por los pechos, que vibraron, elásticos, turgentes. La abrazó por la cintura, y la atrajo. Irina entreabrió los labios, y cuando Malcom la besó, deslizó su tibia lengua en la boca del americano, que la correspondió adecuadamente. Afuera, todo estaba en silencio. Malcom Dobbs percibía contra su pecho el latir del corazón de su colega rusa. Deslizó las manos desde la cintura de ella hacia una zona más baja, clavó con fuerza los dedos, y la apretó más contra su bajo vientre. Irina correspondió con un gesto que parecía ofrecer el suyo.

Se estuvieron besando largamente, acariciando Dobbs el cuerpo tibio y prieto de la rusa. Por fin, ésta separó su boca, tomó aire con ansia y luego jadeó:

—Parece que, en efecto, tienes muy caliente... el corazón.

Malcom Dobbs la estaba mirando a los ojos. Fuera cual fuese el juego de la rusa, él no iba a arrojar sus cartas sobre la mesa. No pensaba abandonar la partida de ninguna manera.

—¿Te gustaría sentir mi... corazón de modo más completo? —ofreció.

Ella no contestó. Sólo hizo un gesto con el vientre hacia el de él, y ofreció de nuevo sus labios. Malcom Dobbs la volvió a besar, pero esta vez, sin dejar de besarla, fue girando lentamente, y luego empujó, desplazando a Irina hacia la litera. Cuando dejó de besarla para tenderla allí, ella no dijo nada. Se quedó boca arriba, mirándole con ojos relucientes, flexionadas las piernas... Malcom Dobbs se quitó los pantalones.

Segundos más tarde, estaba sobre Irina, que se abrazó a su espalda. Muy bien.

En un instante, el espía americano se introdujo poderosamente en la zona del cuerpo de la espía rusa.

* * *

—Señor Dobbs.

—¿Sí? —La miró sonriente Malcom, tendido a su lado—. Tengo

algo que ofrecerte.

—¿Más? —Alzó él las cejas—. Creí que ya me lo habías ofrecido todo.

—Me refiero a otra cosa... —rió ella, tomando una mano de él y colocándosela sobre los senos—. Tengo una oferta... profesional para ti.

—Profesional. ¿Quieres decir de espionaje?

—Sí.

—Soy todo oídos... en este momento, claro. Antes he sido todo... animal macho, por decirlo de modo simpático. Por cierto, voy a ser sincero contigo, porque te lo has ganado: me has gustado mucho más que las griegas.

—¿De verdad? —exclamó ella—. ¡Oh, cuánto me gusta oírtelo decir, señor Dobbs!

—Pues ya lo has oído. Lo cortés no quita lo valiente: ha sido sensacional. Espero que tú también lo hayas pasado bien.

—De verdad que sí —suspiró ella—. Al parecer, no hay demasiadas incompatibilidades entre los americanos y los rusos.

—¡No! —rió Malcom—. ¡No hay demasiadas incompatibilidades! Bien, ¿cuál es esa oferta profesional?

—Han pasado ya casi dos horas desde que se fueron mis camaradas con el cadáver del tuyo. En estos momentos, ya saben todo lo que se podía saber, y si no han venido es porque no han encontrado nada en el estómago de Ames. En estos momentos están esperando fuera los resultados de nuestra... permanencia aquí dentro. Si yo salgo y digo que no sé dónde está lo que buscamos, te matarán.

—Ya entiendo. De modo que tu trabajo aquí era sonsacarme.

—Señor Dobbs —ella le pasó una mano por los cabellos, tras girar hacia él—: ¿te he preguntado algo? ¿He intentado sonsacarte algo mientras hemos estado... juntos?

—No —admitió Malcom.

—Tenía que haberlo hecho, sin embargo. Pero me gustas... De verdad, señor Dobbs.

Casi, casi, casi me he enamorado de ti...

—¡Hay que ver la fuerza que tiene un buen... corazón!

—No te rías —rió ella—. Te estoy diciendo la verdad. Pero espero que entiendas que tengo que cumplir mi trabajo.

—Lo entiendo. Sigue.

—Ellos piensan matarte. De todos modos, consigamos o no lo que todos buscamos, te matarán. Si no lo conseguimos, porque pensarán que tú sabes dónde está y no quieres decírnoslo. Si lo conseguimos, porque preferimos que la

CIA

no sepa que lo hemos encontrado.

—¡Pues vaya perspectivas tengo! —Gruñó Malcom.

—Yo te ofrezco una mejor: entrégame a mí lo que buscamos, y yo me las arreglaré para que, al menos, escapes con vida.

—Esto es toda una trampa, cariño —la besó Malcom en un hombro.

—Sí. Pero podía haber funcionado igual sin necesidad por mi parte de darte... nada.

—¿Por qué lo has hecho, entonces?

—Porque me gustas, simplemente. Los dos sabíamos que estábamos jugando el juego, pero ha sido mucho más agradable lo que ha pasado que haber permanecido dos horas vigilándonos hoscamente el uno al otro, ¿no te parece?

—Irina: eres encantadora. Y muy inteligente. Una gran espía, sí, señor. Sabes muy bien que con lo que ha pasado me has predispuesto no sólo físicamente, sino psicológicamente a confiar en ti, y en tu oferta. Se diga lo que se diga, las cosas no funcionan nunca igual cuando hay placer de por medio. Tú me has proporcionado placer, y ahora esperas la recompensa.

—Ya te he dicho...

—Vamos, vamos... Esa falsa sinceridad sólo engañaría a un novato, cariño. Toda la mecánica del juego ha sido perfecta y bien estudiada. Lo he pasado bien, debo sentirme predispuesto psicológicamente a confiar en ti..., pero lo cierto es que en cuanto tuvieses lo que todos buscamos, yo sería hombre muerto.

—Te aseguro que yo conseguiré que no te...

—Lo siento, primor: sencillamente, no puedo creerte.

Malcom Dobbs, que había estado ahora acariciando un seno de Irina, deslizó la mano hacia el blanco cuello de ésta, y apretó con suave firmeza en determinado punto. Todo el desnudo cuerpo de la espía rusa vibró, brincó en la litera; al instante. Irina quedó desvanecida. Malcom Dobbs movió la cabeza con un gesto de

incredulidad, y acto seguido la besó en la nariz.

—Estoy seguro de que sabrás perdonarme —susurró.

Saltó de la litera, se puso los pantalones, y tomó el abrigo de Irina, de cuyo bolsillo sacó la pistola. Pero ¡trampas a él, no! Sacó el cargador, y se cercioró de que contenía balas y que éstas eran de verdad. Muy bien.

Sacó a Irina de la litera, y la colocó ante él, de espaldas, sosteniéndola derecha abrazándola desde atrás por la cintura. El bonito cuerpo de la rusa, colgando la cabeza sobre los senos, precedió a Malcom Dobbs hacia la salida del camarín. Era como llevar una muñeca de tamaño natural, y cuyo peso, de alrededor de cincuenta y cinco kilos o poco más, no significaba demasiado esfuerzo para el agente de la

CIA.

Apareció en cubierta escudado con el cuerpo de Irina, y sosteniendo la pistola de ésta con la mano derecha... El ruso que había allí, junto a los mandos, y que estaba mirando hacia la salida, respingó al captar la situación, y su mano se movió indecisa hacia la axila izquierda.

—Yo de ti no lo haría, forastero —sonrió secamente Malcom Dobbs, asomando media cabeza por detrás de Irina, y apuntando con la pistola al pecho del ruso.

Éste quedó inmóvil.

—Sublime decisión —aprobó Dobbs—. Ahora, salga de la lancha, y vaya a decirle a sus camaradas que están en el embarcadero calculando las posibilidades de matarme sin lastimar a Irina, que se alejen, siguiendo la línea del embarcadero. Voy a llevarme a Irina, y si me persiguen, la mataré, para poder hacerles frente sin estorbos. ¿Me ha entendido bien?

El ruso afirmó con la cabeza, aprobó de nuevo Malcom.

—Por si les sirve de consuelo, no tengo lo que buscan. Sólo tengo mi vida, y estoy dispuesto a conservarla a toda costa. Ya puede marcharse.

El ruso saltó al embarcadero. De las sombras, emergieron dos siluetas, que Malcom identificó: Fedor y Oleg. Estuvo mirándolos mientras Anton les transmitía sus condiciones, y los vio vacilar. Seguramente, no creían que él no tuviera lo que buscaban, con lo que demostraban que no eran tontos del todo; pero él tenía que

intentar convencerlos de eso, para que le dejaran en paz... Suspiró cuando, tras la vacilación, los tres rusos se alejaron, siguiendo sus instrucciones, a lo largo del embarcadero, de modo que los estaba viendo en todo momento.

Cuando le pareció que estaban lo bastante lejos, soltó la amarra, siempre manteniendo abrazada a la desvanecida Irina. Luego, puso la lancha en marcha. El zumbido del motor le pareció que sonaba escandalosamente. Se colocó de lado ante los mandos, ya la pistola en la axila, y, siempre sosteniendo a Irina, maniobró para enfilar el mar abierto...

Recorrió los noventa kilómetros que separan Patras de la isla de Itaca en un par de horas. Para entonces había salido el sol hacía ya rato, y su temor se evidenciaba en las continuas miradas que dirigía hacia el cielo. Había parado una hora antes para permitir que Irina, poco menos que muerta de frío, se vistiera, y para hacerle algunas preguntas, de las que sacó en claro que ella y sus camaradas habían llegado a Patras en automóvil desde la misma Atenas, por lo que no disponían de lancha. Lo cual significaba que hasta que consiguiesen una adecuada para perseguirlo él tendría tiempo de ponerse fuera de su alcance.

Y del alcance de la
CIA.

Y de todos modos, porque tenía un plan que forzosamente tenía que funcionar bien. Seguro que sí.

Desde lejos vio ya el faro de la isla de Itaca, sobre el promontorio al sudeste de la áspera formación rocosa. Poco después, lo rebasaba, y navegó a velocidad reducida hasta divisar una pequeña playa, a la que se acercó. Paró el motor, y poco después la lancha varaba en la playa. Lo primero que hizo Malcom Dobbs fue reponer en el depósito el combustible consumido, vaciando en él algunas de las latas de repuesto. Luego se acercó a Irina, que yacía atada de pies y manos en cubierta, y se acuclilló a su lado, sonriente.

—¿Me guardas rencor? —preguntó.

—Maldito seas —dijo ella, intentando sonreír.

—No te lo tomes así, cariño. Podría matarte, y en cambio todo lo que voy a hacer es dejarte en esta playa. Podrás llegar a pie hasta la población de Itaca, y una vez allí sabrás arreglártelas. ¿Nos

despedimos como buenos amigos? A fin de cuentas, tenemos gratos recuerdos comunes. Sé sincera: ¿de verdad lo pasaste bien?

—Sí. ¿Y tú?

—No estuvo mal. Bien, llegó el momento de la triste despedida...

La besó en la nariz, soltó sus manos y sus pies, y la ayudó a llegar a la borda.

—Hace un hermoso día de primavera —dijo sonriendo— espero que no te resfríes por mojar te los pies. ¿Me permites que te ayude?

Irina se quitó los zapatos, y él la ayudó a descender al agua. Esperó a que llegase a la orilla, y cuando ella se volvió, la saludó con la mano.

—¡Dosvidaña!^[1] —se despidió.

Veinte minutos más tarde, pasaba por delante del otro faro de Itaca, en la parte Norte de la isla. Otros diez minutos más tarde, la patria del mitológico Ulises iba quedando atrás. A derecha e izquierda, los cabos Sur y Norte de las islas Léucade y Cefalonia respectivamente.

Luego, el mar abierto, el Jónico, azul resplandeciente bajo la luz del recién nacido día primaveral.

Si tenía la suerte mínima que cabía esperar, no tendría demasiados problemas para escapar a la vigilancia y persecución de la

CIA

y de cualquier otro servicio de espionaje.

En realidad, todo dependía de que encontrase pronto o no el yate adecuado..., si es que veía algún yate navegando por allí en aquellos momentos, claro.

CAPÍTULO IV

Se llamaba Melissa Sanfiori, era italiana, tenía veintidós años, y una salud no demasiado buena.

Pero era encantadora. Una criatura delicada y preciosa, de grandes ojos color miel, de boca sonrosada que también parecía de pura miel, de cuerpo esbelto pero de formas contundentes a la par que elegantemente delicadas. Su espesa y larga cabellera también parecía de miel.

Lo tenía todo en la vida, menos una salud de hierro. Por eso, papá Sanfiori había decidido olvidarse de una maldita vez de sus muchos negocios y dedicar no menos de un mes a su hijita querida. ¿Qué le gustaba a la niña de sus ojos? ¿El mar? Pues papá Sanfiori había comprado un yate espléndido, había contratado una tripulación de confianza y de buenos modales, y se había hecho a la mar con su pequeña Melissa. ¿Dónde quería ir su pequeña Melissa? ¿A Grecia, Israel, Egipto, el Norte de Africa...? ¿Sicilia, Malta, Mallorca, la Costa del Sol? Con el formidable yate se podía ir donde deseara la pequeña Melissa, la bella romana de los ojos dulces y tristes.

¿Cuál era la dolencia de la dulce Melissa? ¡A saber...! Los médicos no se habían puesto de acuerdo salvo en dos cosas. Una: no encontraban ningún mal fisiológico que justificase la apatía de la muchacha. Dos: que si a ella le gustaba estar en el mar, eso no había de hacerle mal alguno. Sólo uno de los médicos, precisamente el más viejo y el menos célebre, había mascullado algo así como: «Lo que necesita esta muchacha es sentirse útil para algo y dejarse de languideces y mimos». Pero, claro, papá Sanfiori lo había enviado al mismísimo infierno, y se había hecho a la mar con su pequeña Melissa.

La «pequeña» Melissa, cuya belleza corporal tenía alterados a los tripulantes del (que por otra parte comenzaban a adorarla por su dulce carácter y exquisito trato), se distraía aquella mañana, intentando ver con los prismáticos algunos peces voladores alrededor del yate, cuando vio algo que ya en seguida no le recordó en absoluto un pez volador.

Parpadeó incrédula, miró con más atención, y se dijo que no se había equivocado: estaba viendo un brazo que sobresalía del mar, agitándose, y, al lado, una cabeza de persona.

—Papá... ¡Papá!

Papá Sanfiori, que estaba en la cubierta de popa leyendo una novela absoluta y decididamente pornográfica, se apresuró a ocultarla bajo la toalla, y se incorporó.

—¡Dime, cariño! —gritó.

—¡Papá, hay un hombre en el mar, hay un náufrago...! ¡Ven a verlo, corre!

Bruno Sanfiori corrió hacia la parte de la borda donde estaba su hija, tomó los prismáticos, y miró hacia donde señalaba la muchacha. ¡Cielos, era cierto, un náufrago!

Devolvió los prismáticos a su hija.

—Sigue mirando, cariño. Voy a decirle a Carlo que se desvíe para recoger a ese pobre hombre. ¡Esperemos que no se hunda antes!

La noticia recorrió rápidamente el yate, de proa a popa y de babor a estribor, y todos sus ocupantes se reunieron junto a la borda: Ezio, el ayudante del capitán Carlo; Renzo, el camareromayordomo; y Mario, el cocinero, que ya había empezado a preparar el almuerzo, pues eran más de las diez de la mañana. El único que, lógicamente, permaneció en su sitio pilotando el yate fue Carlo. Los demás, junto a la borda, empezaron a gritar al náufrago cuando estuvieron más cerca de él. Excepto Melissa, que seguía mirando con los prismáticos, sin decir nada. ¡Excitarse era tan fatigoso!

Fue colocada la blanca escalerilla lateral, y Ezio descendió por ella, dispuesto heroicamente a ayudar al náufrago a agarrarse, lo que no resultó en absoluto empresa difícil, y mucho menos heroica. El náufrago tenía una complexión atlética que le permitió agarrarse a la escalerilla e izarse con una fuerte flexión, sin más

complicaciones. Acto seguido, subió a bordo, y se quedó en cubierta, jadeante, chorreando agua; parecía cansado, pero no derrotado, ni agotado.

—¿Está usted bien? —exclamó Bruno Sanfiori—. ¡Renzo, trae una manta, pronto! ¿Está usted bien, señor? Venga, venga a tenderse a popa... ¡Debe estar agotado! ¡Ha tenido suerte de que pasásemos por aquí, ya lo creo! Permítame ayudarle a caminar... ¡Mario, ve a preparar café, vamos, vamos!

Apoyándose ligeramente en Bruno Sanfiori, el náufrago llegó a popa, y se dejó caer en una de las cómodas tumbonas, a pleno sol. Cerró los ojos. Pero no porque el sol le molestase, sino para evitar mirar a la muchacha del bikini amarillo que le contemplaba a su vez con los ojos muy abiertos. No obstante, cuando cerró los ojos, el náufrago continuó viendo aquel delicado y bellissimo rostro de ojos color miel; talmente como si lo acabasen de imprimir en su mente. A su alrededor todo eran voces y atenciones. Le echaron una manta encima, pero en seguida alguien dijo que era antes quitarle la ropa mojada, a lo que alguien replicó que lo primero era quitarle el frío y que descansara unos minutos...

Mientras tanto, Malcom Dobbs seguía viendo dentro de su cabeza la imagen de aquel rostro delicado y bellissimo, apenas dorado por el sol. Entreabrió los párpados, y vio a la muchacha. Estaba de pie ante él, mirándole impresionada, pero al parecer incapaz de reaccionar, de hacer nada útil.

Claro que, realmente, Malcom Dobbs no necesitaba tantos cuidados como le estaban prodigando. Apenas hacía quince minutos que estaba en el agua, cosa que podía soportar perfectamente. Y hacia sólo quince minutos porque todo había estado calculado a la perfección... Simplemente, había hundido la lancha cuando, con los prismáticos, vio aparecer el yate, y calculó su rumbo: no podría pasar muy lejos de él, así que no tendrían más remedio que verlo. Y lo habían visto. Ahora, mientras la

CIA

y quien más demonios quisiera se dedicara a perseguir a un hombre que iba en una lancha, él lo iba a pasar tan ricamente en un yate... ¡Perfecto!

¡Y que lo buscasen!

Volvió a entreabrir los párpados. La bellissima criatura

continuaba delante de él, de pie, mirándolo, pero ya menos asustada o impresionada. ¡Qué preciosa era! ¡Qué...!

—¿Se encuentra mejor, señor? ¿Está mejor?

Abrió del todo los ojos. Vio mejor ahora al atribulado y atentísimo personaje: unos cincuenta años, sienes grises, tipo un tanto deteriorado por la buena mesa, rostro sano y simpático además de honrado, ojos oscuros... ¡Ah, cielos, se encontraba entre gente normal!

—Tenga, tómese este café... ¿Es usted italiano, señor? ¿Me entiende?

Malcom tomó la taza, y bebió un poco de café. Tenía que hacer bien su representación de náufrago. Bebió más café. Luego, movió negativamente la cabeza, y dijo, en deficiente italiano:

—No, no soy italiano, pero le... le entiendo bien, señor... Soy británico...

—¡Ah, un inglés! Yo hablo un poco de inglés, y mi hija lo habla perfectamente... Pero descanse ahora, señor, descanse. ¡No se preocupe por nada, está usted a salvo!

—Gracias —suspiró el hipócrita espía—. ¡Muchas gracias a todos!

—Mi pequeña le vio a usted, señor. ¡Suerte tuvo de ella!

Malcom hubiese podido decir que en un barco siempre hay alguien ojeando el mar, y que en ello había confiado, pero no era precisamente una frase afortunada para el momento. Miró con expresión de agradecimiento a la muchacha, y balbuceó:

—Gracias... Gracias, señorita, ¡muchas gracias!

Melissa Sanfiori se limitó a sonreír amablemente, y el espía americano sintió como si acabase de estallar una bomba en su pecho. Se quedó sin aliento, simplemente.

—Será mejor que se quite ya la ropa mojada —estaba diciendo Bruno Sanfiori—. Puede tomar una ducha o un baño caliente, y luego ponerse uno de mis batines mientras Renzo pone su ropa en condiciones. Le dejaría de la mía, pero temo que no tenemos el mismo tipo —terminó riendo.

—Son ustedes... muy amables... No sé cómo expresar...

—¡Bah, bah, bah! ¡Caramba, no íbamos a dejarle allá! ¡Eso no lo hace nadie en el mar, señor! ¿Se encuentra bien? ¿Podrá caminar solo?

—Espero que sí —simuló intentar sonreír Malcom, poniéndose en pie.

Quedó frente a Melissa, que pareció sobresaltarse y alzó el rostro para mirarlo, un poco boquiabierta, impresionada por la estatura del espía.

—Renzo, ayúdale, será mejor —dijo papá Sanfiori.

* * *

Padre e hija se quedaron mirándolo estupefactos cuando reapareció en cubierta, bañado, peinado, tranquilo..., y envuelto en un batín de Bruno Sanfiori, el cual, finalmente, no pudo evitar la carcajada, mientras Melissa se limitaba a sonreír.

—Creo que antes no me presenté... —dijo Malcom, sonriendo—. Soy Michael Towers.

Tiene usted unos batines muy bonitos, señor.

—No se tome a mal mi risa... —rió todavía Bruno—. ¡Espero que lo comprenda, señor Towers!

—Sí. Me he visto en un espejo... Pero creo que estaría bastante peor en el fondo del mar... ¿No está de acuerdo, señorita?

—Está gracioso, pero simpático —dijo ella.

Otra bomba estalló en el pecho de Malcom Dobbs. ¡Qué voz! Angelical, simplemente angelical. Incluso demasiado angelical... La idea cruzó como un relámpago sombrío por la mente del espía: ¿Todo aquello era verdad, tanta belleza y bondad? ¿Y si todo fuera cosa de la CIA?

La idea lo dejó paralizado, mudo. Podían haber puesto el yate en su ruta, calculando con maquiavélica anticipación todas las ideas que él pudiera tener al respecto. Tenían personal adecuado para esto, él lo sabía. Y quizá escarmentados por su reacción en El Pireo, habían decidido hacer las cosas con más delicadeza en el siguiente contacto...

¿Y qué mayor delicadeza que la de aquella angelical criatura de ojos color miel?

—Nosotros somos Melissa y Bruno Sanfiori —estaba diciendo este último—. Padre e hija, se entiende.

—Encantado además de agradecido, señor Sanfiori —murmuró

Malcom en su deficiente pero inteligible italiano; sonrió lo mejor que pudo—. Espero que mis ropas estén pronto secas: ¡parezco un espantapájaros con su elegante batín!

—Claro que no —insistió Melissa—. De todos modos, si ya se encuentra bien, podría quitárselo y ponerse un bañador de alguien de la tripulación. ¡Se está muy bien al sol, señor Towers!

Malcom alzó la cabeza, guiñando los ojos. ¡Vaya si se estaba bien al sol! Y aún estaría mejor cuando se convenciese de que los Sanfiori eran lo que parecían. Estaba tranquilo respecto al encendedor de Bob Ames, que había escondido en la cisterna del cuarto de baño, siempre en su envoltorio plástico herméticamente cerrado, pero no disponía de arma alguna. La pistola de Irina, y la que había tenido escondida en el tablero de mandos de la lancha se habían ido con ésta al fondo del mar... Quizá había sido demasiado incauto.

—Sí, se está muy bien. Y creo que voy a aceptar su idea. Después del frío que he pasado en el agua, nada mejor que el sol para calentarme los huesos. Con su permiso, iré a por ese bañador...

—Estábamos hablando, señor Towers —dijo Bruno—, de la conveniencia de comunicarnos con los guardacostas para informar de su rescate, a fin de que ellos informen donde usted indique respecto a su accidente. De modo que si me dice usted a quién hay que avisar para que no se inquiete...

—No, no, nada de eso es necesario, señor Sanfiori. Estoy solo en Italia, de vacaciones. Había comprado una vieja lancha, y me disponía a navegar un poco a la aventura... Nadie se preocupará por mí, no hay cuidado en eso. Sin embargo... Bueno...

—Estamos dispuestos a ayudarle, señor Towers.

—¿Hada dónde se dirigen ustedes?

—¿Y usted? —Se adelantó Melissa a la respuesta de su padre.

—Bueno, eso no importa. No tengo derecho a...

—Íbamos hacia el Norte de Africa —dijo Bruno—, pero si entiendo bien a mi hija, no tiene importancia llegar un día o dos más tarde. ¿Era eso, cariño?

—Sí, papá. Podemos dejar al señor Towers donde él quiera.

—Bueno, realmente —titubeó Dobbs—. Son ustedes demasiado amables. Lo lógico sería que me dejasen en el Norte de Africa...

—¡Claro que no! —exclamó Melissa, un poco sofocada.

—Bien... A decir verdad, me conformaría con estar mañana por la tarde en Brindisi, en el Adriático...

—¡Señor Towers! —rió Bruno—. ¡Sabemos muy bien dónde está Brindisi!

—Naturalmente —sonrió Malcom—. Ha sido una tontería mía.

—¿Tiene usted familia en Brindisi? —murmuró Melissa.

—No, no. Ya les he dicho que estoy solo en Italia.

—Bueno, pudo usted haber venido solo, pero... ya no estar solo. En las vacaciones suelen hacerse amistades.

—La de ustedes me parece más que suficientes —rió Malcom—. Voy a por ese bañador.

Cuando regresó a la cubierta de popa, Bruno no estaba con su hija. Ésta se quedó mirando a Dobbs en silencio, tendida ahora sobre una gran toalla, a pleno sol. Cuando Malcom se acercó a ella, sus músculos vibraron elásticamente. Melissa parpadeó. Junto a ella estaba la toalla de su padre, y la muchacha la señaló.

—Puede tenderse aquí si lo desea, señor Towers.

—Gracias... —Se tendió el espía—. ¿Y su padre?

Ella le miró con risa en los ojos. Malcom se quedó fascinado por la línea grácil de su cuello, la delicadeza de los hombros... Miró no menos fascinado los labios de la muchacha mientras se movían.

—¿Es Usted discreto, señor Towers?

—Sí. Mucho.

—Entonces, le diré dónde está mi padre: escondido en su camarote terminando de leer una novela pornográfica que debe ser muy interesante, y sobre cuya existencia él cree que no tengo ni idea.

Malcom, que contemplaba pasmado a la muchacha, se echó a reír.

—¡Nadie es perfecto! —exclamó.

—¿Lee usted novelas pornográficas, quizá?

—He leído alguna —admitió Dobbs.

—Yo también... —rió Melissa—. ¡Pero no se lo diga a mi padre, por favor!

—Soy una tumba para los secretos. De todos modos, y sin ánimo de molestarla, yo diría que tiene usted edad suficiente para que su padre no se sorprendiese demasiado por sus lecturas.

—Señor Towers, no sé qué soy yo para usted, pero para mi

padre soy la pequeña Melissa. Algunos hombres son muy peculiares respecto a la paternidad, aunque con buenas intenciones, claro está. ¿Es usted... quiero decir...?

—¿Padre? —rió Dobbs—. ¡No, no lo soy! Puestos a no ser, ni siquiera soy marido ni ex marido.

—¿Un solitario?

—Habitualmente, sí. Pero me gustan las buenas compañías.

—Claro. Pero... ¿qué es para usted una buena compañía?

Se estaban mirando fijamente. Malcom Dobbs sentía como diminutas corrientes eléctricas por toda su piel. Aquella muchacha tenía unos ojos y una boca que le fascinaban sin poder evitarlo. Parecía que tenía los ojos llenos de sol y la boca llena de miel. Claro está que la

CIA

no iba a utilizar una bruja para meterlo en la trampa... ¿Y si se convencía cuanto antes respecto al asunto? Corría el riesgo de parecer un grosero desagradecido, pero valía la pena saber dónde y con quién estaba. Y podía saberlo con la reacción de la muchacha: si ella seguía el juego, malo.

—Para mí —susurró, acercando su rostro al de Melissa—, una buena compañía es aquella que siempre se muestra alegre y complaciente, señorita Sanfiori.

Ella no dijo nada. Sólo miró su boca, casi bizqueando graciosamente, pues la tenía ya muy cerca de la suya. Malcom miró también la boca de la muchacha. Luego, se acercó más, y la besó, suavemente, pero de lleno, aplastando los tiernos labios femeninos.

Melissa Sanfiori no se movió. Permaneció inmóvil, tendida boca abajo y apoyada en los codos, vuelta la cabeza hacia él, recibiendo el beso con los labios relajados, tiernos, sin endurecerlos, sin hacer gesto alguno con ellos.

El sol calentaba las espaldas de ambos. Malcom Dobbs perdió la noción del tiempo. Le parecía que tenía en los labios algo muy fresco y hermoso. No tenía por qué apartarse, si ella no lo hacía. Y ella seguía recibiendo el beso, eso era todo. Por fin, la muchacha suspiró, y Dobbs recibió en su boca y rostro la brisa del suspiro.

—Ha sido un beso muy bonito —susurró Melissa.

Malcom Dobbs se sentía desconcertado completamente. Por dos motivos. Uno de ellos, no poco sorprendente, era que acababa de

entrar en súbito estado de deseo. El otro, que esto había ocurrido precisamente por las palabras de la muchacha: era la primera vez en su vida que una chica decía que un beso era «bonito». ¡Bonito!

—Pero quizá le ha molestado —susurró a su vez.

—De ninguna manera. Esa clase de besos no puede molestar a ninguna mujer, señor Towers.

—Tengo más —dijo Dobbs.

Ella rió. Malcom Dobbs volvió a besarla. La cabeza comenzó a darle vueltas. Estaba en plena erección, y sentía cómo su sangre se iba espesando. El sol calentaba ahora, o así se lo parecía a él, mucho más que antes. Le ardía todo. De nuevo perdió la noción del tiempo. Se encontraba en la situación más extraordinariamente placentera de toda su vida. Demasiado hermoso.

Reaccionó de pronto, apartándose. Melissa quedó inmóvil, con los ojos cerrados, la boquita fruncida hacia delante como si todavía estuviese besando. Parpadeó; quedó con los ojos abiertos.

—¿Ya no le gusta, señor Towers?

—Michael... —murmuró Dobbs—. Si no le importa, claro.

—No me importa. Yo soy Melissa.

—Hola, Melissa.

Volvió a besarla. Se estaba muy bien allí. Se oía el rumor del mar contra el casco del Melissa seguía teniendo la boca fresca y tierna. Más tierna que antes. Dobbs estaba pensando que era como si se fuese derritiendo en la suya. Era una sensación colosalmente hermosa. Colosalmente hermosa. Colosalmente hermosa. Los besos era bonitos. ¡Bonitos!

Ella volvió a suspirar, y él se apartó. Melissa le miró sonriente. Una sonrisa extraña. Como desconcertada y alegre. Se sentó de pronto sobre la toalla. Se quitó el sujetador del bikini, y sus pechos parecieron saltar a la luz del sol. No eran demasiado grandes, pero sí bellísimos en su tierna delicadeza. Blancos, turgentes, vibrantes. Sus pezones parecían dos pequeñas cerezas. Melissa giró, y se tendió boca arriba. Malcom no perdió de vista sus preciosos pechos que se movieron con un encanto delicioso. Melissa quedó tendida cara al sol, con los brazos a los costados. Suspiró, y sus senos subieron y bajaron tentadoramente.

Malcom Dobbs puso una mano sobre el derecho. Ella abrió los ojos, y le miró como... defraudada.

—No, por favor... —suplicó—. Groserías, no, Michael, por favor... No.

—Lo siento —retiró él la mano. Y se tendió junto a ella.

Bruno Sanfiori apareció una hora más tarde. Malcom lo oyó, y se apresuró a sentarse en la toalla. Junto a él, Melissa seguía tendida, al sol sus pechos, pero Bruno Sanfiori, tras mirarla a ella y a Malcom, no pareció alterarse en absoluto.

—Señor Towers, he estado pensando que puesto que usted no tiene necesidad de llegar a Brindisi antes de mañana por la tarde, podríamos llegarnos a Itaca, anclar en alguna cala solitaria, y emprender el regreso a Italia por la mañana. Por la tarde, desde luego, estaría usted en Brindisi. ¿Le parece bien?

—Señor Sanfiori, por favor, ¡claro que me parece bien! Y repito que si esto va a causarles molestias...

—Le aseguro que no. Bueno, pronto estará listo el almuerzo... ¿Le gustaría tomar un martini con hielo, señor Towers?

CAPÍTULO V

—En mi opinión —dijo Malcom—, está usted cometiendo una imprudencia, Melissa.

Ésta, sentada en una de las extensibles de cubierta, dejó de contemplar las estrellas para mirar al espía. La noche era clara y suavemente tibia. Millones de estrellas en el despejado cielo.

—¿Por qué dice eso?

—Bueno, por algunos comentarios de su padre he entendido que no está usted demasiado fuerte, y está empezando a refrescar. Quizá debería retirarse a su camarote. Ya es muy tarde.

Era muy tarde, en efecto. Casi las doce de la noche. La tripulación y el propio Bruno Sanfiori se habían retirado a descansar. El yate, anclado en una cala, apenas se movía sobre el mar, que parecía de terciopelo.

—Estoy bien aquí —dijo Melissa—. Y no estoy enferma, Michael.

—No he dicho eso. Pero según su padre...

—Ya le dije que mi padre, supongo que como la mayoría, es bastante peculiar en cuanto a mí se refiere. Cree ver mucho, y no ve demasiado. Además, siempre está tan ocupado con sus negocios... No se trata del clásico tópico de la niña rica que lo tiene todo menos el afecto paternal. Mi padre me adora. Pero no ve demasiado. Y realmente, tampoco está muy al corriente de mis cosas. Con este viaje —rió dulcemente— creo que ha querido ponerse al día.

—A mí me parece un buen padre y una persona excelente —murmuró Malcom.

—Ha acertado usted en todo. ¿Sabe qué estaba pensando cuando usted ha hablado?

—Siento haber interrumpido sus pensamientos.

—No, no, no lo sienta... No eran pensamientos gratos.

—Entonces, me alegro de haberlos interrumpido.

Estuvieron en silencio los dos durante un par de minutos. De pronto, Melissa preguntó:

—¿No le gustaría saber qué estaba pensando? Malcom Dobbs sintió un cálido vacío en el estómago.

—La verdad es que sí me gustaría —admitió.

—Estaba pensando en la primera vez que me acosté con un hombre. Mi padre no tiene ni idea de esto. —Melissa se volvió de nuevo a mirarlo—. Supongo que debe tener la certeza de que tengo algún que otro amigo total, pero nunca se ha entrometido.

—Me parece muy adecuado por su parte.

—Sí... Supongo que sí. ¿Con cuántos hombres diría usted que me he acostado, Michael? Dobbs sintió como un pellizco de celos, ahora.

—No tengo ninguna base para emitir una opinión —murmuró.

—¿Ni siquiera después de haberme besado?

—No me atrevo a opinar, eso es todo.

—Mi primer hombre fue un... amigo de la familia. Yo tenía diecisiete años, edad algo avanzada para ser virgen, ¿no cree? Pero así era. Bueno, mi padre y yo estábamos invitados en su villa de Lido di Ostia. Por la tarde nos habíamos besado un poco. Por la noche, él vino a la habitación que me habían asignado en la villa, y se metió en la cama conmigo. En realidad, yo lo estaba esperando. El tenía veintiséis años. Yo esperaba... No sé. Algo parecido a lo de la tarde, por lo menos al principio. Pero no fue así. Apenas meterse en la cama, se colocó sobre mí, y comenzó a... pincharme. Me hizo daño. Me pareció una pesadilla, era algo monstruoso. Le oía jadear, y él apretaba como... como si quisiera... matarme. No le dejé terminar. De pronto sentí algo así como decepción y furia, y comencé a golpearlo y a gritar... El se asustó tanto que salió de mi habitación, y yo me quedé llorando. Por suerte, pareció que nadie se enteró de nada. A la mañana siguiente le dije a mi padre que quería marcharme, y naturalmente, él me llevó de nuevo a casa, a Roma. Tardé un año en permitir que se me acercase otro, hombre. Parecía simpático, pero... ¿sabe lo primero que hizo en cuanto se dio cuenta de que yo no le rechazaba?

—No puedo imaginarlo.

—Me llevó a un rincón de la casa de una amiga donde estábamos celebrando el cumpleaños de ella, me acorraló contra la pared, y comenzó a desabrocharme la blusa, mientras decía que me subiese la falda. Le di un empujón, y salí corriendo de la casa. Desde entonces, nadie ha vuelto a tocarme... ¡Me repugna sólo pensar en mis dos experiencias!

—Parece que han sido tres —masculló Malcom, que se sentía rojo de vergüenza—. Lo siento, Melissa.

Ella se quedó mirándolo, sin decir nada más. Estuvieron así unos segundos. De pronto, la muchacha se estremeció.

—Sí, empieza a hacer demasiado fresco aquí arriba. ¿Viene abajo?

—Creo que me quedaré a fumar un cigarrillo.

—Está bien.

La muchacha entró, y cerró la puerta. Malcom Dobbs encendió un cigarrillo, y se quedó mirando el humo y las estrellas. La

CIA
podía ser así de refinada y más, ciertamente. Pero ¿a qué tanta molestia? El estaba desarmado frente a cinco hombres que había en el yate. Era absurdo perder el tiempo con amabilidades e historias de amor decepcionado. Podían haberle sacado al sol las entrañas desde el primer momento. Además, durante la tarde había observado movimiento cerca del No sólo embarcaciones, sino que el yate había sido sobrevolado por un par de avionetas y un helicóptero en menos de seis horas. Ésos si, éstos sí estaban buscando a Malcom Dobbs. Y no sólo por el Jónico, sino por todas partes. Debía haber un cerco terrible alrededor de Atenas en mil millas a la redonda, por lo menos. Lo encontrarían tarde o temprano, lo sabía. Pero sólo quería tener tiempo para revelar las fotografías. Sólo eso. Y estaba seguro de que con las fotografías dispondría de un arma de defensa invencible. Tenía ese presentimiento.

Terminó el cigarrillo, y se dirigió hacia su camarote. Al abrir la puerta, vio el resplandor de la luna en el piso, entrando por la redonda portilla y esparciéndose por todo el camarote. Cerró la puerta, y buscó a tientas el interruptor de la luz, que no sabía con precisión dónde estaba...

Una mano asió la suya. Una mano fresca y delicada, que le impidió encender la luz. En seguida, su mano fue colocada sobre algo tibio y turgente. En la palma percibió el contacto endurecido de la pequeña cereza.

—Estaba dispuesta a no tener más experiencias —susurró la voz de Melissa Sanfiori—, pero en cuanto te vi esta mañana sentí... sentí...

Malcom Dobbs se encontró entre los brazos con el cuerpo de la muchacha, tibio y sedoso. Se encontraron sus bocas. El beso fue más profundo esta vez..., pero bonito, pensó Malcom. Sonrió al pensar esto, y sus labios se estiraron. Melissa apartó su boca.

—¿Qué te pasa? —preguntó dulcemente.

—Es un beso bonito.

—Y sé que tienes más —ella rió, y él percibió todo el estremecimiento del cuerpo de seda—. Pero, Michael, por favor... Por favor, no seas..., no seas...

—No te preocupes —susurró el espía—; olvidarás las desagradables experiencias anteriores.

—Todavía estoy... Quiero decir que como terminé de...

—Olvídalo todo.

La volvió a besar. Eran besos bonitos, pero muy pronto, el cuerpo de Melissa Sanfiori comenzó a arder, y el espía americano comprendió que ella estaba ya esperando algo más que besos.

* * *

Bruno Sanfiori escuchaba embobado a su hija, ambos sentados en la cubierta, desayunando. Embobado y pasmado. ¿Qué le ocurría a aquella criatura? ¡Jamás la había visto tan llena de entusiasmo y vitalidad! Charlaba sin parar, reía, le brillaban los ojos... Quizá era debido al hermoso día de sol del Mediterráneo. O Jónico, para ser exactos. Bueno, fuese por lo que fuese, Bruno Sanfiori no tenía absolutamente nada que oponer a que su pequeña Melissa estuviese tan radiante, tan vital, tan alegre y llena de entusiasmo...

Lo comprendió todo, de golpe, cuando Malcom Dobbs apareció en cubierta y Melissa lo miró. A los cincuenta años de una vida más bien interesante, Bruno Sanfiori sabía muy bien lo que significaba aquella mirada de su hija... o de cualquier mujer, claro. Quedó

atónito. No por lo que acababa de comprender de un solo vistazo, sino por el hecho de no haber visto nunca antes aquella expresión en los ojos de su hija.

Melissa se puso en pie, y acudió al encuentro de Malcom, al que tomó de una mano, y lo llevó a sentarse junto a ella. Malcom miró expectante a Bruno, un tanto sobresaltado por la expresividad de la muchacha, que no podía pasar desapercibida a su padre, claro. Se puede estar en las nubes, pero no tanto.

—Papá —dijo Melissa—, voy a desembarcar con Michael en Brindisi. ¿Te importa? Bruno Sanfiori no tuvo tiempo de decir nada, porque Malcom respingó y exclamó:

—¡Desde luego que no! ¡De ninguna manera!

—¿Por qué no? —Se revolvió Melissa—. ¿Por qué no puedo pasear contigo por Brindisi?

—Bueno... No, no. Sencillamente, no.

—Me parece —reaccionó por fin Bruno, riendo— que tendrá que encontrar algo mejor que ése «sencillamente», amigo mío. Melissa esconde bajo su dulce trato un carácter de hierro.

—Yo también tengo un carácter de hierro —dijo Malcom.

—¿Por qué no puedo acompañarte? —insistió ella, que no había soltado su mano.

—Tengo cosas que hacer.

—Oh, te acompañaré, y te ayudaré a hacerlas.

—No.

—¡Sí!

—Señor Sanfiori —masculló Malcom—, es de suponer que usted podrá convencer a su hija para que se quede en el yate.

Bruno Sanfiori reflexionó unos segundos, antes de contestar:

—Señor Towers, habrá usted observado que mi yate lleva el nombre de Es por otra cosa... Es porque este yate es mi tercer amor, del que espero felicidad para los míos. Mi primer amor, fue mi esposa, a la que perdí demasiado pronto. Mi segundo amor es Melissa, naturalmente el más grande e intenso de todos. Y yo, señor Towers, nunca he sabido negarle nada a mis amores... ¡Caramba, me he olvidado los cigarrillos abajo! ¡Voy a buscarlos!

Malcom alzó la mano libre hacia él, pero Bruno se alejaba ya presurosamente, huyendo del conflicto, en el que, por supuesto, no pensaba mediar, y menos en contra de su hija.

—Te quedarás en el yate —farfulló el espía.

Melissa se quedó mirándolo fijamente, llenos de risa los ojos.

—No me has besado esta mañana —dijo dulcemente.

* * *

En Brindisi, un fotógrafo que tenía su estudio en Via Capellini, cerca del puerto, acababa de hacer el negocio del día. ¡Claro que de los americanos podía esperarse cualquier cosa...! Pero aquel de los ojos grises que se había presentado en su estudio cuando ya se disponía a cerrarlo y marcharse, se había pasado: le había dado cien mil liras por el derecho a utilizar su laboratorio a solas durante un par de horas como máximo, para revelar unas fotografías muy personales, según había dicho.

«¡Muy personales!», pensó regocijado el fotógrafo. ¡Y lo había dicho tan serio! Hombre, claro que debían ser personales. Seguro que en las fotografías en cuestión aparecían escenas excitantes que protagonizaron el americano y la lindísima italiana que se había encerrado con él en el laboratorio. ¡Ah, se lo podía imaginar perfectamente! Los dos en la cama, desnuditos, tomando fotos con cámara especial de sus diabluras sexuales... Sólo había que ver a la muchacha para darse cuenta de que estaba loca por el americano. ¡Malditos americanos! ¡Siempre se llevaban lo mejor!

Se imaginó lo que podían haber hecho en la cama uno y otra, y comenzó a sentirse inquieto. ¡Lo que daría él por echar un vistazo a aquellas fotografías...!

Dentro del laboratorio a oscuras, salvo la matizadísima luz roja, Malcom Dobbs y Melissa Sanfiori estaban viendo aparecer ya las imágenes en las copias que yacían en el fondo de la cubeta cubiertas por el líquido revelador. Apenas unos contornos. Malcom esperó todavía unos minutos más, con Melissa agarrada a su brazo, impaciente.

—Me parece que ya están —dijo ella.

—Sí.

El espía encendió la luz, tomó unas pinzas, y sacó de la cubeta una de las fotografías, alzándola. El líquido terminó de deslizarse y la fotografía quedó claramente visible. Había dos hombres en ella.

—¿Quiénes son? —preguntó Melissa, intrigada.

Malcom Dobbs no contestó. Estaba desconcertado, y, al mismo tiempo, preocupado. Había tenido que aceptar la compañía de Melissa y el dinero de Bruno Sanfiori cuando le sugirió que al hundirse con la lancha todo cuanto tenía, se había quedado sin nada. Bruno Sanfiori le había puesto en las manos quinientas mil liras, como si tal cosa, diciendo que ya se las devolvería.

Y allí estaba, viendo aquella fotografía, con Melissa agarrada a su brazo y queriendo saber quiénes era los dos hombres que aparecían en ella. Dejó esta fotografía, y tomó otra. Los mismos hombres en el mismo sitio, pero tomados desde otro ángulo no demasiado alejado del primero. Los dos hombres estaban en una lancha. Al fondo, y un poco en alto, se veía un puente que ya había identificado: el Puente Gálata de Istanbul. Naturalmente: Bob Ames había tomado las fotos en Istanbul.

Pero no entendía nada de nada. Nada tenía sentido.

Conocía a uno de los hombres, que se estaba dando la mano con el otro, con el que no conocía. Un sujeto de espesa cabellera y cabeza grande y redonda, con lentes de cristales redondos. No tenía ni idea de quién podía ser. En cambio, sabía muy bien quién era el otro: ni más ni menos que Europa, el jefe supremo de la

CIA

en toda Europa. ¡Vaya si lo conocía!

Pero seguía sin entender.

Muy bien, allá tenía a «Europa» en una lancha bajo el Puente Gálata de Istanbul, estrechando la mano a un hombre desconocido para él, para Dobbs. Con toda lógica, dada la actitud de ambos hombres, eran buenos amigos. De esto no cabía duda. Incluso podía ver la amable sonrisa de «Europa». De acuerdo, «Europa» saludaba a un amigo. Casi con seguridad, un agente de la

CIA,

o un buen colaborador. De acuerdo en esto. Ahora, lo otro: Bob Ames los fotografía, y luego escapa de Istanbul con las fotos, tras matar a un agente ruso que lo tenía sometido a una vigilancia de rutina. La lógica más elemental indicaba que el ruso había querido apoderarse de las fotografías tomadas por Bob, y que éste se había desembarazado del ruso matándole. Perfecto. Lógico.

Pero había cosas que no tenían la menor lógica. Por ejemplo: si Bob había matado al ruso Kovarian para desembarazarse de él,

estaba claro que Kovarian no había podido decir a nadie nada sobre las fotografías. Entonces, ¿cómo se habían enterado los rusos?

Segunda incógnita: ¿cómo demonios se le había ocurrido a Bob Ames tomar fotografías de «Europa»? ¿Se había vuelto loco?

Tercera incógnita: puesto que Bob había tomado esas malditas fotografías de «Europa» con un desconocido..., ¿por qué había huido, en lugar de entregarlas al propio «Europa», o a cualquier compañero de la CIA?

Cuarta incógnita: ¿por qué la CIA

estaba dispuesta a matar a Bob Ames con tal de conseguir esas fotografías? Bueno, la

CIA

en peso quizá no, pero sí tres de sus agentes:

Coventry, Kramer y Martin...

—En realidad —susurró Dobbs para sí—, todo cuanto piense no tendrá sentido hasta que sepa quién es el hombre que está con «Europa».

Miró a Melissa, que le estaba mirando fijamente. No le dio tiempo a preguntar nada.

—Vuelve al yate —dijo.

—Oh, Michael, no...

—¡Te digo que vuelvas al yate! Yo tengo que ir a Roma, y no quiero que me acompañes esta vez, ni quiero que te vean conmigo... ¿Está claro?

Melissa parpadeó.

—Sí —musitó.

—De acuerdo, entonces. Vuelve al yate y olvídate.

—¿Que... te olvide? —Palideció la muchacha.

—Eso he dicho exactamente —gruñó Malcom, comenzando a recoger las fotografías, sacudiéndolas—. Dile a tu padre que le devolveré su dinero, recibid los dos mis más expresivas gracias por todo, y olvídate.

CAPÍTULO VI

Durante todo el viaje, no dejó de pensar en ella, recriminándose su innecesaria dureza. Podía haber sido menos brusco y desagradable, desde luego. Pero, por encima de todas las cosas, no quería que Melissa estuviera más tiempo junto a él, precisamente porque la amaba...

Este pensamiento lo dejó pasmado, descuidando por un instante la conducción del coche alquilado en Brindisi. ¡La amaba! Así, sin más, lo había admitido. Bueno, sin más, no... Pasara lo que pasara, nunca en su vida, fuese ésta corta o larguísima, olvidaría la noche pasada entre suspiros de Melissa Sanfiori, sintiéndola estremecerse de amor y placer en sus brazos. Había olvidado a las griegas, casi ni recordaba ya el rostro de la rusa Irina, ni siquiera recordaba ya quién fue su primera chica en Estados Unidos... Pero sabía que nunca podría olvidar la dulce entrega total de Melissa Sanfiori.

—¡Maldita sea mi estampa! —jadeó—. ¡Maldito sea yo, estoy harto de esto, si consigo salir bien librado voy a enviar a la mismísima mierda a toda la

CIA

y la madre que la parió, y...!

Eran más de las diez de la noche cuando llegó a Pescara. Al otro lado de la península estaba Roma. Ciento cincuenta kilómetros con algunos tramos de autopista y otros tramos de malditas carreteras en plenas montañas.

A las once había dejado atrás Pópoli. Luego, Cortinio, Raiano, Molina, Castelvécchio... Aquí se dio por vencido, al ver el anuncio luminoso de un pequeño y atractivo motel. ¡Los malditos...! Sabían muy bien que cualquiera podía acojonarse ante la idea de cruzar las montañas de noche. ¡Al demonio! No se iba a hundir el mundo

porque él descansara.

Y de pronto, tuvo la idea luminosa: ¿por qué llegar hasta la misma Roma? Podía llamar por teléfono a Steve Conrad, otro buen amiguete de los tiempos de inicial instrucción para entrar en la CIA.

No era lo mismo que con Bob Ames, pero también era un buen amigo. O lo había sido.

Vaciló. Pero llegó a la conclusión de que, de todos modos, tendría que recurrir a Conrad. Los ficheros de Roma eran superiores a los de Atenas, y además, si no recordaba mal, Conrad iba con frecuencia a París, importantísimo tentáculo del pulpo llamado CIA.

Decidido: pararía en Castelvécchio, y desde el motel llamaría a Conrad a Roma.

Estacionó el coche delante del motel, y se apeó, de pésimo humor. No hubo problemas hasta que llegó el momento de mostrar su documentación, que se había ido al fondo del mar. Había querido borrar su rastro tan bien, que ahora se encontraba en dificultades. El conserje de noche del motel lo miraba socarronamente y con cierta desconfianza mientras él daba unas peregrinas explicaciones. Desde luego, no se le ocultaba que el presunto cliente era americano, pero ¿a él qué? Hay muchas clases de americanos, y él no tenía aspecto de turista que ha perdido el autocar...

—Te fuiste tan enfadado que ni pensaste en eso —sonó la voz detrás de Malcom Dobbs.

Éste sintió como una descarga eléctrica en todo el cuerpo. Ciertamente, había oído la puerta de la conserjería, pero no prestó la menor atención. Y ahora, acababa de oír la voz de Melissa tras él.

Se volvió, fruncido el ceño.

—La culpa fue de los dos —dijo ella—. ¿Vamos a reñir en el futuro por tonterías como ésta, querido?

Lo besó brevemente en la boca. Malcom Dobbs, espía profesional, no sabía qué hacer. Melissa le sonrió, abrió su bolso, y tendió al conserje su carta de identidad, hablándole en italiano. Malcom Dobbs escuchó sombríamente el cuento chino: eran recién casados, se habían enfadado precisamente durante el viaje de luna de miel, y él se había marchado...

¡Qué tontos habían sido los dos! ¿Había todavía algún problema identificándose ella, esposa de un americano? ¡Con lo que le había costado seguirle y alcanzarle con el coche de unos amigos...!

Malcom Dobbs se encontró en una de las habitaciones del motel, en compañía de Melissa Sanfiori, que fue quien dio la propina al conserje, que los acompañó amablemente ahora. Melissa cerró la puerta, y se volvió a mirarlo tímidamente.

—No negarás que he servido para algo —murmuró.

El espía soltó un gruñido, se sentó en el borde de la cama, y descolgó el auricular del teléfono. Tuvo que esperar a que el conserje llegara de regreso a su puesto. Pidió comunicación con determinado número de Roma. ¿Tardaría mucho? No, señor, prácticamente nada. Encendió un cigarrillo, siempre sin mirar a Melissa.

El teléfono sonó apenas transcurridos tres minutos. Roma al habla.

—¿Steve?

—¡...!

—Buen oído. Sí, soy yo...

—No, no estoy en Roma. Escucha, Steve, tienes que hacerme un enorme favor: ¿puedes venir a Castelvécchio?

—¡...!

—Sí, ese Castelvécchio —gruñó—. ¿Qué pasa? ¿No tienes coche?

—De acuerdo. Gracias. Bueno, estoy en un motel que encontrarás a la salida del pueblo yendo hacia Pescara. Sólo pregunta por el americano casado con la linda italiana...

—Bueno, ¡pues si no sabías que me había casado con una italiana ya lo sabes ahora! —se encolerizó—. ¿Quieres dejar de hacer preguntas y de asombrarte, y simplemente escucharme?

—Está bien. ¿Cuánto vas a tardar?

—No me des tantas explicaciones; estoy hablando con una centralita de por medio, ¿entiendes? Dime sólo cuánto vas a tardar.

—¡Pero, hombre...! ¿Seguro que no puedes antes?

—No, no, nada de llamar la atención, me has entendido muy bien. De acuerdo, te espero. Y, Steve: ni una palabra de esto a NADIE.

Colgó. Se quedó rumiando el asunto. La historia se repetía, sólo que ahora era él quien pedía ayuda recomendando la máxima

discreción. ¿Podía confiar en Steve Conrad con la misma tranquilidad con que Bob Ames había confiado en él? Bueno, ¿y por qué no?

¿Acaso iba a ser él la única persona en el mundo en la que un amigo podía confiar? ¿Por qué no podía él confiar en Steve? Y por otra parte, ¿qué otra cosa podía hacer? Sabía que el cerco se iría cerrando en torno a él. Invisible, sutil, pero firmemente...

La cama se movió. Malcom volvió la cabeza, y vio a Melissa, completamente desnuda, metiéndose bajo la sábana. Ella le sonrió, con una sorprendente timidez.

—No sé tú —dijo—, pero yo estoy cansada, y voy a pasar la noche aquí.

Malcom se puso en pie, rodeó la cama, y fue a sentarse en el borde del otro lado, junto a Melissa, que había dejado la ropa solo hasta su cintura. El espía estuvo mirando los bonitos senos, y luego los ojos color miel.

—Melissa, te irás al amanecer —susurró.

—Y te las arreglarás como puedas para robarle al conserje la ficha con tus datos. No tiene que quedar constancia de tu paso por este lugar. ¿Lo entiendes?

—No, pero lo haré. Perdona que te siguiera. Creo... creo que estás en dificultades, y que mi presencia... sólo las empeora, ¿no es cierto? Pero pensé... Bueno, pensé que era... otra cosa...

—¿Otra mujer? ¿Por eso alquilaste también un coche en el mismo sitio que yo, al que me seguiste, y por eso me has seguido hasta aquí?

—Sí, por eso. Creí... Pensé que te habías burlado de mí, que simplemente lo habías pasado... divertido, y que...

—Bueno —sonrió Malcom Dobbs—, sí lo pasé divertido, eso es cierto. Aunque más que divertido, fue... emocionante y hermoso.

—Sí —se iluminaron los ojos de Melissa—, fue emocionante y hermoso. ¿No hay otra mujer?

—No. Pero te irás al amanecer.

—¿Antes de que venga tu amigo?

—Exactamente.

—Me iré. Y te estaré esperando en Brindisi, en el yate. Malcom Dobbs tragó saliva.

—No sé si podré reunirme contigo alguna vez, Melissa. Puedo

jurarte que te amo, pero no que me reuniré contigo.

Ella también tragó saliva. Luego, asió las manos de Malcom, para atraerlo; colocó las manos de él sobre sus senos, y ofreció su boca.

Malcom Dobbs no rechazó la dulce oferta.

Quizá fuese la última vez que pudiese amar en su vida.

* * *

Terminó de fumar el cigarrillo frente a la ventana de la habitación. Afuera, la negra noche, matizada hasta hacía poco por la luz lunar. Pero ya no había luna, sólo estrellas.

Frente al motel estaba la carretera, a unos veinte metros más o menos. Al otro lado, un bosque, que se extendía también por detrás del motel. A la derecha, el resplandor de Castelvécchio. Dentro de una hora como máximo sería de día.

Fue junto a la cama, y apagó el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesita del lado de Melissa. El no había podido dormir después del amor. Es decir, había quedado traspuesto apenas media hora, y luego había comenzado a pensar. Pero Melissa había quedado tan profundamente dormida abrazada a él que ni siquiera despertó cuando, mucho más tarde, él salió de la cama.

Se quedó mirándola, apenas una silueta en la oscuridad sólo aclarada por el lejano resplandor de Castelvécchio y el de algunas farolas del motel. Tenía los rasgos delicados, como en un dibujo estilizado. Se inclinó más, y sonrió al ver la boca de ella entreabierta.

La besó.

Melissa tardó todavía unos segundos en reaccionar. Murmuró algo, se movió. Malcom vio el movimiento de sus párpados, el relucir de sus ojos. Al instante siguiente, ella se abrazó a su cuello, y lo besó en los labios.

Luego, murmuró:

—¿Tengo que marcharme va?

—Sí.

Melissa salió en seguida de la cama, sin protestar, diligentemente. Se abrazó a él, y se besaron profundamente, acariciándose. Luego, Malcom la ayudó a vestirse, y la acompañó

hasta la puerta, que abrió con sumo cuidado. El silencio era total.

La besó de nuevo en los labios, ahora brevemente. Luego, ella acercó la boca a su oído, y susurró:

—Te estaré esperando.

—Recuerda lo de tu ficha, pero si no puedes no lo intentes siquiera, ya lo haré yo.

—Lo haré.

Ella salió de la habitación. Malcom cerró la puerta, y se colocó de nuevo ante la ventana. Apenas dos minutos más tarde vio aparecer a Melissa en el estacionamiento. La muchacha se volvió, y alzó algo blanco. Malcom asintió, como si ella pudiera verlo; el conserje se volvería loco buscando aquello cuando despertase. Pero la culpa era de él mismo, por no estar despierto, como era su obligación de conserje de noche.

Vio a Melissa abrir la puerta de su coche, pero no entró, sino que comenzó a empujarlo hacia la salida. ¡Oh, no!, exclamó mentalmente, ¡aquél no era esfuerzo para una muchacha delicada como ella...! Pero, evidentemente, Melissa Sanfiori no era tan delicada como creía el bueno de papá Sanfiori, ya que consiguió llevar el coche hasta el mismo umbral del motel. Malcom, que había estado en tensión, pensando en la conveniencia de bajar a ayudarla, se relajó cuando ella entró en el coche, que comenzó a rodar lentamente por la carretera en dirección a Pescara, siguiendo su propia inercia, todavía con el motor y las luces apagadas.

El coche desapareció, y Malcom Dobbs sonrió ceñudamente. Una chica hermosa, pero además inteligente. Nadie había oído nada. En cambio, si hubiese encendido el motor, posiblemente alguien lo habría oído, quizá el conserje...

Unos treinta minutos más tarde, todavía de pie ante la ventana, Malcom vio a lo lejos, llegando desde Castelvécchio, los faros de un vehículo. Dentro de un cuarto de hora aproximadamente, sería de día. Steve Conrad le había dicho que llegaría a primera hora de la mañana, pero... ¿qué era la primera hora para Steve?

El vehículo en cuestión se detuvo antes de llegar al motel. Las luces se apagaron.

Un minuto más tarde, un hombre entraba en el recinto del motel, a pie, con las manos en los bolsillos. Malcom identificó la silueta del hombre, y lanzó una exclamación. Acto seguido abrió la

ventana, y se asomó. Simplemente eso. El hombre recién llegado alzó la cabeza, y asintió cuando Dobbs hizo señas con un brazo indicando la entrada del motel. Segundos más tarde, el hombre entraba en éste. Con un poco de suerte, el conserje seguiría durmiendo...

Abrió la puerta cuando oyó los pasos detenerse delante.

En el pasillo, a la luz del aplique, Steve Conrad le sonrió ceñudamente, entró, y le tendió la mano cuando Dobbs hubo cerrado la puerta.

—He venido en cuanto he podido —susurró—. No he dormido esta noche.

—¿Te ha visto el conserje?

—Sí. Le he dicho que venía a traer dinero a un amigo que me había llamado... ¿Cómo estás, Malcom?

—Bien. Mataron a Bob Ames en El Pireo, ¿lo sabías?

Esteve Conrad, treinta y dos años, alto, atlético, fuerte, atractivo, palideció al oír la noticia.

—No... —Reaccionó lentamente—. No lo sabía. Quizá sea por eso que hay un... ambiente extraño en Roma. Y tengo noticias de que algo está ocurriendo en Europa, pero no sé qué es. Lo único que sé es que están tendiendo un cerco. Supongo que buscan a quien mató a Bob. ¿Sabes quién lo hizo?

—¿No te han dicho a quién están buscando?

—No. Han puesto en movimiento a varios compañeros, pero a mí me dijeron que me quedase en reserva en Roma. Tengo que volver allá cuanto antes, Malcom.

—¿Has dicho a alguien que venías aquí?

—Hombre, claro que no. Aunque a decir verdad, me tienes... mosqueado y preocupado.

¿Tienes algo que ver con todo esto?

Malcom Dobbs sacó lentamente una de las fotografías ampliadas, y la colocó ante Conrad, tapando con el pulgar a uno de los dos hombres que aparecían dándose la mano.

—¿Conoces a este hombre? —murmuró.

Conrad le movió la mano, de modo que la luz del techo diese mejor en la fotografía. En cuanto la vio bien, miró vivamente a su compañero de promoción.

—¿Estás loco? —masculló.

—¿Lo conoces?

—¡Naturalmente! ¡Es «Europa»! ¿Cómo se te ocurre andar por ahí con una fotografía de él?

Malcom aspiró profundamente, y retiró el pulgar de sobre el otro personaje.

—¿Y a este otro? —preguntó—. ¿Lo conoces?

De nuevo miró la fotografía el sobresaltado Steve Conrad.

Y se sobresaltó de nuevo, más que antes, al tiempo que palidecía intensamente.

—Por todos los demonios... —jadeó.

—¿Quién es?

—¿Que quién es? ¡Es Leónidas Borov, uno de los jefes más importantes del servicio exterior del espionaje ruso!

Malcom también palideció.

—¿Estás seguro?

—¡Completamente! Tenemos fotografías de él, y de otros jefes de su nivel, naturalmente. ¿A qué crees que se dedican nuestros compañeros en Moscú? ¡Te digo que es Leónidas Borov!

Malcom dejó la fotografía en la mano de Conrad, y se pasó las suyas por el rostro, que notaba ahora frío, helado. Las piezas comenzaron a encajar de prisa y brutalmente en aquel rompecabezas.

¡Ahora lo comprendía todo!

—¿De dónde has sacado esta fotografía? —masculló Conrad—. ¿Qué significa exactamente?

—¿No te lo imaginas?

—Bueno... No sé...

—¡Vamos, Steve, déjate de tonterías! Voy a explicarte todo lo que ha ocurrido, y en cuanto lo sepas tendrás que comprender de una maldita vez lo que significa esta maldita fotografía...

CAPÍTULO VII

—Pero entonces... —musitó Steve Conrad—. ¡Todo esto significa que...! ¡No es posible!

—¿Qué es lo que no es posible? —masculló Malcom—. Escucha, tenemos una fotografía que yo te aseguro que no está trucada, sino revelada directamente por mí. Bob Ames la tomó en Istanbul, y por supuesto, mientras la estaba tomando ya había comprendido la verdad. ¡No entiendo tu renuncia a pronunciar la palabra traición!

—Malcom, me cuesta creer que el jefe de toda la

CIA

en Europa se haya vendido a los rusos.

—¿Te cuesta creerlo? ¡Bueno, pues a mí también, pero mira esta fotografía...! ¡Y tengo más en el coche, todas expresando lo mismo! ¿No lo entiendes? Pues te lo explicaré. Fíjate bien... Leónidas Borov, el importante jefe del servicio secreto ruso, se desplaza a Istanbul. Por chiripa, o por lo que sea, nuestro Bob Ames lo ve... ¡Para eso es un espía!, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—¡Bob Ames ve a Leónidas Borov! ¿Y qué hace? Pues, lo mismo que habríamos hecho tú y yo; seguirle como una sombra. ¿Qué hace Leónidas Borov en Istanbul?

—Ni siquiera podemos estar seguros de que Bob conociese de antes de Borov.

—¿Ah, no? Sé muy bien que Bob había pasado varias veces a Rusia y a Hungría desde Istanbul. No sé a qué fue, ni él me lo dijo. No nos hacemos esa clase de confianzas entre nosotros, ¿verdad? Pero el hecho cierto, y para mí indiscutible, es que Bob conocía a Leónidas Borov, lo ve en Istanbul, y lo sigue. Un agente ruso llamado Gennadi Kovarian sigue a Bob, y cuando ve que éste toma

fotografías de su jefe Borov y del jefe de la

CIA

en Europa, va a por él, naturalmente, sin duda después de comunicar por radio de bolsillo con sus compañeros, o con el propio Borov, diciéndole lo que ocurre. No tengo la menor duda de que Kovarian recibe orden de recuperar esas fotografías y de eliminar a Bob, pero es Bob quien se carga a Kovarian, y escapa. ¿Qué hace Leónidas Borov entonces?

—No sé.

—¿No sabes? Bueno, yo sí lo sé... ¡Y tú también, maldito seas! Leónidas Borov comunica a «Europa» que han sido vistos y fotografiados por un agente de la

CIA

que tras cargarse a Kovarian ha escapado. ¿Dónde pueden encontrarlo? «Europa» moviliza en seguida sus resortes de jefe de la CIA,

y se entera de cuál es el único agente de Istanbul que falta de su puesto: Bob Ames, que ha desaparecido con su lancha Leónidas Borov moviliza a sus hombres para que busquen a Bob Ames. Y lo mismo hace «Europa», sólo que éste no puede recurrir directamente a todos los hombres de la

CIA,

ya que eso resultaría terriblemente comprometido para él, así que recurre a tres de su confianza, tres que posiblemente estén colaborando con él en su traición: Noah Martin, Joseph Kramer y Dean Coventry. Son estos tres lo que consiguen localizar a Bob apenas llega éste a El Pireo, quizá porque «Europa» les ha advertido de que Bob tiene un buen amigo personal en Atenas, de cuyo nombre se informará discretamente en la misma

CIA

más adelante, pero sobre el cual no puede hacer preguntas de momento, pues si más adelante ese amigo aparecía tan muerto como Ames, alguien podría recordar que «Europa» preguntó por ese amigo, es decir, por mí. ¿Lo vas entendiendo?

—Claro —gruñó Conrad—. Todo eso significa que Coventry, Kramer y Martin tenían órdenes de recuperar las fotografías y matar a Bob. Y la misma orden tenían los rusos, aunque, claro está, trabajando por separado, ya que se trataba de que no se pudiese

relacionar nunca a dos hombres como «Europa» y Borov.

—Veo que has comprendido —suspiró Malcom—. «Europa» quiere recuperar a toda costa estas fotografías, y matarme. ¡Ese cerdo está traicionando a la

CIA

en toda Europa!

¡La puta que lo parió...!

—Tranquilízate.

—¡Tranquilizarme! ¡Me está buscando toda la

CIA

y dices que me tranquilice!

—Toda la

CIA,

no, hombre —gruñó Conrad—; sólo esos tres cómplices de «Europa» que mataron a Bob. «Europa» no puede recurrir a todos nosotros: ¿cómo explicaría que quiere que cacemos a uno de los nuestros y lo matemos? Suponiendo que lo hiciéramos, tendríamos que recuperar las fotografías, ¿no es así? Y en cuanto las viésemos, comprenderíamos la verdad. No, no le interesa recurrir a todos los hombres que están a sus órdenes. Sólo a Kramer y Coventry.

—Tendrías que haber visto la cara de ese Coventry... ¡Es un asesino nato, te lo juro! Estoy seguro de que fue él quien le rompió el cuello a Bob. ¡Debí matarlo entonces, en lugar de partirle la asquerosa boca de cerdo traidor! ¡Debí cortarle el cuello de oreja a oreja!

—Tranquilízate —insistió Conrad—. Todo lo que tenemos que hacer es ir a Roma y entregarle las fotografías a mi jefe de allá. El sabrá darles el curso debido, y te encontrarás a salvo..., mientras que «Europa» tendrá que huir a Rusia..., si le damos tiempo, a este maldito cerdo. Venga, Malcom, larguémonos ahora mismo de aquí hacia Roma...

—Espera... Espera, espera. ¿Crees que «Europa» no habrá previsto esto?

—¿A qué te refieres?

—Se enteró de que Bob tenía un amigo personal dentro del servicio en Atenas. ¡Debe haberse enterado también de cuántos compañeros míos de promoción hay en Europa en estos momentos!

—¿Quieres decir que me ha localizado a mí? —Palideció una

vez más Steve Conrad.

—¡A ti y a cualquiera de nuestros compañeros o amigos personales de antes de ingresar en la CIA,

o del cursillo...! ¿Por qué no pudiste venir anoche mismo?

—Ya te he dicho que se estaba preparando un cerco...

—Pero a ti no te dijeron a quién o qué buscaban.

—No... Ya te he dicho que me dejaron de retén... en Roma... ¡Por Dios!

—Te han dado cuerda larga. ¡Te han seguido desde Roma! Debes ser el único de entre mis posibles amigos que se ha movido de su puesto... ¡Tienen que haberte seguido!

—No... no lo creo... ¡Me habría dado cuenta!

—¿Sí? A mí me siguió una chica que jamás se ha dedicado a esta profesión, y ni me enteré hasta que la tuve a la espalda, porque iba distraído pensando en otras cosas, y porque ni remotamente se me ocurrió que ella pudiera seguirme. ¿Se te ha ocurrido a ti que podían seguirme desde Roma?

—No... No. Pero «Europa» no puede ser tan loco como para utilizar a los agentes que no somos traidores, como esos tres.

—Puede haber pedido información continua sobre los movimientos de mis amigos, y él habrá pasado esa información a sus tres compañeros de traición. Cuando nos hayan matado, inventarán cualquier mentira, involucrarán en ella a Bob Ames, dirán que los tres éramos traidores... ¡«Europa» está tejiendo una telaraña en la que ya hemos sido atrapados!

Se quedaron mirándose.

Malcom apagó la luz, y se colocó a un lado de la ventana.

—Todo parece estar tranquilo —murmuró.

—Quizá nadie me haya seguido —murmuró también Conrad. Malcom se volvió hacia él, moviendo la cabeza.

—Te vas a marchar de aquí en seguida, con esa fotografía. Pero no te irás en tu coche, Steve. Sal por la parte de atrás del motel, métete en el bosque, arréglatelas como puedas para alejarte de aquí y llegar a Roma. ¡Olvida tu coche, ¿entiendes?!

—Sí. Pero no puedo dejarte aquí solo... ¿Tienes armas?

—No.

—Bueno, si yo voy a escapar por el bosque puedo dejarte la mía

y...

—No. Quiero que escapes y que puedas defenderte. Yo me las arreglaré como pueda.

—No seas absurdo —masculló Conrad—. Y otra cosa: ¿por qué no escapamos los dos por el bosque?

—Tengo el resto de las fotografías y la película en el coche que alquilé en Brindisi. No quiero perderlas.

—¿Qué más da? —exhibió Conrad la fotografía que Malcom le había entregado—. Si con una fotografía no conseguimos nada, tampoco lo conseguiremos con veinte.

—Quiero el negativo, Steve. De otro modo, tu jefe de Roma, y otras muchas personas, podrían pensar que esa fotografía que tienes tú es trucada.

—Tenemos expertos en la
CIA

que pueden decidir sobre eso. ¿Es trucada?

—¡Claro que no!

—Entonces, deja que decidan ellos. Olvida el resto... Si tú tienes razón, tanto tu coche como el mío estarán ahora vigilados. ¿Por qué tienes que arriesgarte? Sólo tenemos una pistola, pero dos tipos como tú y yo podemos sacarle buen partido, ¿no es cierto? Maldita sea, hombre: ¿qué vas a ganar dejándote acribillar? ¡De todos modos perderíamos ese negativo!

Malcom Dobbs se volvió a mirar de nuevo por la ventana. En su mente apareció la imagen de Melissa Sanfiori. Casi sintió el sabor de sus labios en la boca, y su aliento cálido en el rostro; era como si en las palmas de sus manos tuviera todavía el calor de su piel, de su carne... ¡Qué bien se estaba en el donde todo era amabilidad, alegría de vivir, sonrisas, gente pacífica...! Bruno Sanfiori leía novelas pornográficas durante sus vacaciones: ¡vaya una cosa, comparada con las que hacían ellos, los espías!

—Debes estar loco —oyó a Conrad—; ¿a qué viene esa estúpida sonrisa en estos momentos?

—¿Estaba sonriendo? —sonrió Malcom.

—Como un cretino.

Malcom Dobbs asintió con un gesto.

—Steve, seguramente tengo más motivos que tú para desear seguir viviendo, pero hay cosas que no puedo hacer. Si vamos los

dos, quizá no lleguemos ninguno a Roma. Si nos separamos y hacemos las cosas bien, llegarás tú..., y hasta puede que yo también.

—Eres un buen compañero —susurró Conrad—. Pero te estás jugando el pellejo tontamente, Malcom.

—No puedo hacer otra cosa. Cuando pienso en Bob Ames siento que no puedo hacer otra cosa. ¡Tengo que asegurarme de que esos cerdos van a tener su merecido! Y un buen porcentaje de esa seguridad es que tú y yo nos separemos. No pierdas más tiempo: todavía quedan sombras en el bosque, y eso te ayudará a escapar.

Steve Conrad titubeó unos segundos. Por fin, se acercó a Malcom, y le tendió la mano. Ninguno de los dos dijo nada. Simplemente, tras el apretón de manos, Steve Conrad salió de la habitación. Malcom esperó solamente un minuto para salir a su vez.

Aquel silencio... Bueno, era normal, en realidad. Debían ser las seis de la mañana, quizá menos, todo el mundo dormía. Menos los espías.

Malcom caminó silenciosamente por el pasillo, y se asomó a la conserjería. Vio al conserje caído de bruces sobre el mostrador, apoyada la cabeza en los brazos. ¡Aquél sí que era un hombre feliz! Y él se iba a aprovechar de ello. Caminó sigilosamente hacia la puerta, siempre vigilando al conserje, pero éste no se movía... Malcom se detuvo, se quedó mirando al conserje y luego se acercó al hombre. Sabía que había algo raro en él..., pero sólo entonces, al acercarse más, vio en un lado de la frente del hombre el impacto que había producido un tremendo hematoma...

—Sólo está sin sentido —dijo una voz—. Venga aquí, Dobbs.

Sintiendo aquel lento escalofrío en todo el cuerpo, Malcom miró hacia donde había sonado la voz, en la puerta del cuarto del conserje, a un lado del mostrador. Joseph Kramer estaba allí, apuntándole con una pistola provista de silenciador. Pero no debía estar solo, naturalmente...

—¿No me ha oído? —Gruñó Kramer.

Malcom se pasó la lengua por los labios, y se encaminó hacia el pequeño habitáculo destinado al conserje de turno en el motel. Era como una diminuta salita de estar, bien acondicionada, con televisor, frigorífico y un pequeño fogón. A un lado se veía la puerta del cuarto de baño. No había nadie allí dentro. Sólo estaban él y

Joseph Kramer. De nuevo se estremeció Malcom al pensar dónde debían estar los otros...

—Vuélvase de espaldas a mí —ordenó Kramer, cerrando la puerta.

La mente del espía estaba funcionando a plena lucidez. Era como si lo estuviese, más que viendo o comprendiendo, adivinándolo todo: le iba a golpear, para atarlo bien y sacarlo de allí, a fin de llevarlo a algún donde pudieran... tratarlo adecuadamente para que les dijese dónde estaban las fotografías si es que no las encontraban. En cuanto a los otros dos, los vio con la imaginación en pos de Steve Conrad, por el bosque... Frente a él, Kramer le miraba con irritación y desconfianza, y Malcom se dio cuenta de que estaba pensando en dispararle, que no vacilaría en hacerlo.

—De acuerdo —murmuró—. No se ponga nervioso, Kramer. Es sólo que al verlo he quedado tan sorprendido que todavía no he reaccionado. Nunca pensé que pudieran alcanzarme y que...

Había comenzado a volverse de espaldas, pero no terminó este movimiento. Lo que hizo fue saltar de costado hacia Kramer, encogiendo la pierna derecha, listo para lanzar el fortísimo golpe lateral.

Plop, chascó la pistola de Kramer.

Malcom Dobbs lanzó un aullido, pero su pierna derecha se distendió fuertemente. El impacto alcanzó a Kramer en la boca del estómago, pareció que el pie de Dobbs fuese a hundirse allí para siempre. Pero, al mismo tiempo que él caía de rodillas llevándose las manos al costado derecho, Kramer caía de espaldas, fuertemente impulsado, lívido, desencajado el rostro. Se revolvió en seguida, y sus desorbitados ojos fueron hacia la pistola, que había rebotado en el suelo entre ambos, quedando un poco más cerca de Malcom que de él. Malcom también miró la pistola, y unos puntos rojos parecieron encenderse ante sus ojos.

Apretando las mandíbulas, se tiró de costado hacia el arma, la empuñó y la volvió hacia Kramer, que gateaba desesperadamente hacia él.

Plop, disparó Malcom Dobbs.

Todo su cuerpo se relajó, cayó hacia delante. La cara chocó contra el suelo, mientras Malcom retrocedía vivamente, de rodillas,

sin dejar de apuntarlo.

Pero supo en seguida que Joseph Kramer jamás volvería a moverse.

Se puso en pie, y quedó oscilando de un lado a otro, como un tentetieso. Le parecía tener una brasa en el costado derecho, donde la ropa estaba empapada de sangre, y perforada por un lado y desgarrada por otro. La bala había entrado y salido casi paralelamente a su cuerpo, partiendo un par de costillas, produciendo un doloroso boquete. Tan sólo con que Kramer hubiese disparado unos centímetros más a su izquierda, le habría acertado de lleno.

—Steve —jadeó Malcom.

Salió del pequeño cuarto, sujetándose la herida con la mano izquierda, empuñando la pistola con la diestra. Encontró la salida de servicios del motel, y salió por allí. Había un pequeño claro, y luego el bosque, que todavía tenía entre los pinos unos jirones de niebla matinal.

Echó a correr como pudo, y en pocos segundos se adentraba en el bosque. Todo era silencioso allí dentro y parecía que todavía no hubiese nacido el día. De pronto, vio un cuerpo tendido en el suelo, y se detuvo en seco, casi cayendo hacia delante. La neblinosa claridad parecía adherida a los rubios cabellos del hombre. No era Steve Conrad.

Cuando se detuvo ante él, se quedó mirando el rostro de Noah Martin. Los ojos estaban abiertos y parecían ya de cristal. La boca estaba torcida hacia un lado. En el centro del pecho se veía un manchurrón de sangre. ¡Buen disparo el de Steve!

Continuó caminando lo más de prisa que podía, evitando hacer ruido. No se oía nada, ni siquiera un canto de pájaro... Nada. En el bosque quedaba todavía el frío del amanecer, de la noche. De pronto, se detuvo en seco, ahora con más firmeza.

Ante él vio los cuerpos de dos hombres. Uno de ellos tendido boca abajo. El otro, arrodillado a su lado. Ahora le estaba dando la vuelta al que yacía boca abajo, para colocarlo boca arriba. Malcom oyó el quejido de dolor de este hombre movido sin compasión. Dio tres pasos más; algo crujió bajo uno de sus pies. El hombre que había vuelto al herido alzó la cabeza, y miró hacia Malcom. Éste vio aquel rostro delgado, aquellos ojos fríos, la boca inflamada... Por

los clarísimos ojos de Dean Coventry pasó un destello de alarma y de furia. Por los grises de Malcom Dobbs, uno de odio, de venganza.

Dean Coventry bajó la mirada hacia la pistola, que había dejado en el suelo, junto al cuerpo de Steve Conrad. Su mano derecha fue rápidamente hacia el arma...

Malcom Dobbs extendió el brazo y suspiró. Plop, plop, plop.

A cada balazo, Coventry se estremeció, pareció saltar, gimió. Pareció querer espantar algo que le importunaba ante él moviendo mucho las manos. Finalmente, cayó hacia atrás, sus brazos y piernas se separaron con un gesto elástico, y quedó inmóvil. Malcom Dobbs, que había seguido sus desplazamientos con la pistola, todavía estuvo apuntándole unos segundos. Luego, se acercó presurosamente a Steve Conrad, y se arrodilló a su lado.

Su mirada pareció chocar con la del amigo.

—Mal...com, la... la fotog...

—Cállate.

—Tengo... tengo la fo... fotografía...

—Steve, cállate.

—Llévala... llévala... a... a Roma...

—¿Te quieres callar de una maldita vez?! —Casi sollozó Malcom—. ¡Ya tengo la maldita fotografía, idiota!

Una sonrisa se crispó en los labios de Steve Conrad. Malcom se guardó la fotografía en un bolsillo y luego, cuidadosamente, volvió a colocar a Conrad boca abajo. Tenía un balazo en la espalda. Rasgó la chaqueta y la camisa, y se quedó mirando, aterrado, el boquete junto a la columna vertebral.

—Dios... —jadeó.

Arrancó trozos todavía limpios de la camisa del propio Conrad, y se dedicó a taponar la herida. Steve Conrad no se movía, no reaccionaba. Como si nada le doliese. Y quizá era cierto, quizá ya nada le dolía al espía Conrad, ni nada volvería a dolerle nunca...

—Volvemos a encontrarnos, señor Dobbs.

La voz llegó a oídos de Malcom como un impacto doloroso. Se quedó inmóvil unos segundos, con las manos llenas de trozos de camisa y de sangre.

Luego, lentamente, se volvió.

CAPÍTULO VIII

Se quedó mirando a Irina.

—No puedo decir que me alegre demasiado, cariño —replicó.

La espía rusa sonrió. Tenía una pistola en la mano, naturalmente. Junto a ella estaban Anton y Oleg, igualmente armados, y, por supuesto, apuntándole.

—Todos los americanos sois unos desagradecidos... —dijo la bella Irina—. Olvida a tu compañero: ¿no ves que está muerto?

—No está muerto —negó Malcom—. Escucha, déjame que termine de taponar la herida, y luego haré lo que tú quieras. ¿De acuerdo?

—No. Apártate de ahí. Tienes demasiadas pistolas a tu alcance. ¡Y no eres de fiar, señor Dobbs!

Malcom miró hacia el suelo. Era cierto, tenía demasiadas pistolas a su alcance: la de Steve, que yacía apenas a un metro; la de Coventry, algo más lejos; y la que había arrebatado a Kramer, que había dejado junto a él para atender la herida de Steve. Sí, tenía al alcance de su mano tres armas..., pero sabía que si optaba por esa reacción, no llegaría ni siquiera a tocarlas antes de que los tres rusos le disparasen.

—Te prometo no hacer nada —susurró—. Sólo quiero taponar la herida de mi compañero.

—Estás perdiendo el tiempo. Ya te he dicho que está muerto. ¿Acaso quieres convencerme a ti mismo de que no es así? Eso es infantil, señor Dobbs: está muerto, y eso es todo.

Terminó su vida. Ven hacia aquí con las manos en alto. Sobre la cabeza. ¿Qué tal es tu herida? —Irina sonrió—. ¡Espero que no irás a desmayarte ahora! Y todavía menos, que lo simules, para intentar sorprendernos... Con una vez fue suficiente.

—¿Dónde tenéis a Fedor? —preguntó Malcom, colocando las manos sobre la cabeza.

—Cerca de aquí, vigilando el coche.

—Ah, claro. ¿Cómo me habéis encontrado esta vez?

—Por un procedimiento muy simple: siguiendo a los hombres que tú acabas de matar. Son los mismos a los que en El Pireo ya les diste una buena lección.

—Sí. Irina, mi compañero...

—Déjalo tranquilo. Anton, ve a retirar del bolsillo del señor Dobbs esa fotografía. Con cuidado.

—El es quien ha de tener cuidado —gruñó Anton—; esta vez no vamos a tener contemplaciones.

Se acercó a Malcom por detrás, rodeándolo, por supuesto sin interponerse ni de lejos entre el americano y sus compañeros rusos y además sin dejar de apuntarle. Una vez a su espalda, le apoyó en los riñones la boca del silenciador, y retiró la fotografía del bolsillo. Se la llevó a Irina.

—No lo perdáis de vista —murmuró la rusa.

Sosteniendo la fotografía con la mano izquierda, la miró. El día iba clareando más y más, los jirones de niebla se iban disipando... Irina lanzó una exclamación.

—¿Qué significa esto? —preguntó vivamente.

—Adivínalo.

—¡No tengo que adivinar nada! ¿Quién es el hombre que está con el camarada Borov?

—¿No lo conoces?

—No. ¡Y quiero saberlo!

—Bueno, es comprensible que no lo conozcas. Yo tampoco conocía a Leónidas Borov.

—Pero sí conoces al otro. ¿Quién es?

Malcom apretó los labios. Pero en seguida comprendió lo absurdo de su actitud. No sólo porque tenía todas las de perder, sino porque los rusos, los altos jefes rusos del espionaje, debían conocer sobradamente al hombre que estaba con Leónidas Borov.

—«Europa» —gruñó.

—¿El jefe de la

CIA

en Europa?

—Sí.

—Pero... No comprendo... ¡No es cierto!

—Puedes creerlo o no, me es indiferente.

—¿Qué hacen juntos? ¿Cómo es posible que estén juntos estos dos hombres?

—Me estás decepcionando, Irina. Persiguieron a Bob Ames por tomar esta fotografía, y otras parecidas. Los mismos de la

CIA

lo mataron, han querido matarme a mí, han matado a otro compañero... Pero voy a decirte más: esos tres matarifes de la

CIA

no eran fieles a la

CIA

propriadamente dicha, sino a «Europa». ¿Quieren más datos para sacar conclusiones?

—No es posible... —De pronto, Irina soltó una carcajada—. ¡Vaya jugada os está haciendo el tal «Europa», querido!

—Ya veo que has comprendido por fin.

—Parece increíble... ¡Es fantástico!

—Parece que te divierte el asunto.

—¿Por qué no? ¡Ah, los orgullosos e incorruptibles americanos! En vuestra propaganda, los rusos los traidores a su patria... ¿Y qué tenemos aquí? ¡El reverso de la medalla!

—Irina, déjame seguir ayudando a mi compañero. Ríe lo que quieras, luego mátame si lo deseas, pero déjame ayudarlo.

—Eres muy terco, señor Dobbs. Está tan muerto como tu otro compañero, el... magnífico fotógrafo Bob Ames, al que por cierto, en efecto, dejamos al alcance de la

CIA

cerca de Patras. Quizá ya esté en Estados Unidos.

—Te lo agradezco. Y si has hecho eso por un muerto, ¿qué te cuesta ser comprensiva con un vivo? El no se está enterando de nada, nunca sabrá nada, se está muriendo...

¡Irina, por favor!

La muchacha rusa vaciló, pero acabó moviendo negativamente la cabeza.

—Señor Dobbs, lo siento —murmuró—. Lo siento de verdad, pero no puedo complacerte. Además, tengo... tenemos que matarte.

Tú lo entiendes, señor Dobbs; no podemos dejar que vayas a informar a la

CIA

de que su primer hombre en Europa está trabajando para nosotros. ¡Tienes que entenderlo!

—Sí —tragó saliva Malcom, pálido—; lo entiendo. Irina extendió el brazo, apuntando a Malcom Dobbs. Y de pronto, éste sonrió.

Una sonrisa de agonía que expresaba al mismo tiempo un absurdo triunfo, del que entró en conocimiento al ver el leve temblor en la mano de Irina: la rusa se había enamorado de él. Desde luego, iba a matarlo, pero lo amaba. No le había olvidado. En su mente y en su cuerpo habían quedado impresas las sensaciones de aquellas dos horas en el yate... ¿Quién dijo que el sexo no tiene nada que ver con el amor? ¡Allá tenía a una espía rusa cuya mano temblaba porque iba a disparar contra un espía americano!

Plop, chascó el disparo.

Y la sorpresa fue general.

La única que no se sorprendió fue Irina, pues no tuvo tiempo. En realidad, no comprendió nada. Sólo supo que acababa de recibir un golpecito en el pecho, entre los senos, y acto seguido vio como en una extraña danza las copas de los pinos y trozos de cielo azul por entre ellas...

Cuando cayó de espaldas, sus pasmados compañeros, que tenían la mirada fija en Malcom, la desviaron hacia ella. La vieron caer, demudado el rostro y rebotar blandamente en la tierra. No comprendían nada.

Y cuando comprendieron, ya era demasiado tarde para ellos. El dilema.

El mismo dilema de siempre: matar o morir.

Malcom Dobbs había saltado hacia una de las pistolas, la empuñó y giró hacia los rusos cuando éstos aún no estaban recuperados de su desconcierto. Cuando de pronto respingaron, todavía perdieron más tiempo con la sorpresa: su mirada fue hacia el herido Steve Conrad, que, tras disparar contra Irina aprovechando que nadie se fijaba en él creyéndole muerto, disparó de nuevo, ahora contra Anton, al mismo tiempo que Malcom lo hacía contra Oleg.

Eran siniestros los chasquidos de los silenciosos disparos en el

bosque: plop, plop, plop...

Luego, se hizo el silencio total. Conrad dejó caer la mano armada, y de nuevo la cabeza, agotado, reluciente de sudor su desencajado rostro. Malcom lo miró, con expresión desorbitada y saltó de nuevo hacia él, reanudando su labor de taponar el boquete de la espalda. Cuando terminó, puso dos dedos en un lado del cuello de Steve Conrad. Pasmoso, pero cierto: todavía estaba vivo.

«El coche... —pensó Malcom—. Puedo traer el coche hasta aquí, cargar a Steve y llevarlo a Castelvécchio, para que lo atienda un médico... ¡Lo demás no importa ahora!».

Se puso en pie rápidamente, olvidado por completo de su propia herida. Pero allá estaba, y sintió tal tirón, tal desgarró, que la cabeza le dio vueltas. Se tambaleó, pero consiguió mantener la vertical. El mareo pasó.

El coche, regresó la idea.

Se volvió y comenzó a caminar de regreso al motel. Tenía la sensación de que sus orejas estaban llenas de algodón, o quizá de corcho. No oía nada. Pero, cuando pasó junto a Irina, y la miró, vio cómo los ojos de ésta le seguían, y vio moverse sus labios. No la oyó, pero supo lo que decía: señor Dobbs.

Desvió la marcha y se dejó caer de rodillas junto a la rusa. Ella movió una mano hacia su rostro, y sus labios se movieron de nuevo. Pero Malcom Dobbs continuaba sordo, con aquella sensación del tapón de algodón en sus oídos. Todo era siniestro y horrible, empezando por aquel silencio.

—Lo siento, Irina —estuvo convencido de hablar.

Irina era bonita. Había puesto una mano sobre la herida, entre los hermosos senos blancos y grandes. La sangre, brotando impetuosa, empapaba el abrigo y salía por entre sus finos dedos. Malcom captó el estremecimiento de aquella mano. Cuando volvió a entrar el rostro de Irina, vio su rigidez, y el hilo escarlata que se deslizaba lentamente por un lado de la boca.

El corazón de Irina se había parado.

Todo se había detenido, nada se movía, nada alentaba, el silencio era de muerte.

Malcom Dobbs sintió las contracciones de su estómago; consiguió no vomitar, pero el dolor en la herida fue horroroso. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se echó hacia un lado, y apoyó las

manos en la tierra, su cabeza quedó colgando. Dentro de su cabeza sonaba su propio jadeo.

«Estoy muriendo... —pensó—. Me estoy muriendo...». Melissa Sanfiori.

La imagen destelló en su mente. Melissa Sanfiori le estaba esperando en el Ah, sí, allí, en aquel hermoso yate, bajo el sol ardiente y el refulgente cielo azul. Allí estaba Melissa Sanfiori, esperando a Malcom Dobbs... No: a Michael Towers. Muy bien, si ella le estaba esperando, él iba a acudir a la cita.

Sacudió la cabeza, y las lágrimas saltaron a los lados. La visión se aclaró.

Entonces vio ante él los elegantes zapatos masculinos. Y dentro de los zapatos, unos pies. Claro. Más arriba, unos pantalones de excelente tejido inglés.

Malcom Dobbs fue alzando la cabeza lentamente, recorriendo su mirada aquel cuerpo ligeramente rechoncho, pero tan elegantemente vestido.

Allá arriba, por fin, vio el rostro del hombre. El rostro de «Europa».

Allá estaba el gran hijo de perra.

Recordó de pronto que tenía una pistola en la mano derecha, y bajó la mirada. Sí, allá estaba la pistola, entre sus dedos. Quiso alzarla, pero un pie de «Europa» se movió suavemente, desplazó su otra mano, y Malcom cayó de bruces. La pistola le fue arrebatada. Un pie pasó bajo su cuerpo y lo movió, dándole la vuelta. Allá arriba vio otra vez el rostro de «Europa». Le vio mover los labios. Estaba preguntando algo, pero él no le oía, seguía teniendo algodón prensado en los oídos.

—Hijo... hijoputa... —jadeó.

Vio cómo se fruncía el ceño de «Europa», y entonces, sonrió. Ah, sí, debía haber sorprendido al maldito traidor al insultarlo en una situación como aquélla, en la que tenía todas las de perder.

Los labios de «Europa» se movieron de nuevo. En seguida, Dobbs sintió el violento tirón que lo puso en pie. El dolor fue atroz en su costado herido. Todo dio vueltas.

Y esta vez, perdió el conocimiento.

—Ya vuelve en sí —oyó.

Ah, volvía a oír. Este pensamiento le llegó remotamente, con el recuerdo de que había estado sordo en algún momento, en alguna ocasión de su vida. Junto a él tenía un hombre, sentado. Los dos estaban sentados en el asiento de atrás de un coche. El hombre era el agente ruso Fedor. Estaba muerto.

El coche se movió un poco. En el asiento delantero, junto al puesto del conductor, que estaba ahora vacío, apareció «Europa», que quedó sentado vuelto hacia él, mirándole hoscamente.

—Es usted el cretino más grande del mundo, Dobbs —dijo. Malcom se pasó la lengua por los labios.

—Y usted..., usted es el cerdo más grande... del universo entero —farfulló.

—Se equivoca; los cerdos comen cualquier cosa, y a mí me gusta la buena mesa.

¿Dónde está el negativo? Hemos encontrado las fotografías, pero no encontramos el negativo. ¿Dónde lo tiene, Dobbs?

Malcom miró fuera del coche. Todavía estaban en el bosque, pero estaba seguro que más hacia el interior. Vio un coche con la matrícula de Roma: el coche de Steve Conrad.

—¿Ha muerto Steve? —susurró.

—Sí. Lo siento.

Malcom le dirigió una mirada colérica. ¿Lo sentía? ¡El gran cerdo sentía que un agente como Steve, una persona como Steve Conrad, hubiese muerto! Sintió deseos de escupirle a la cara, pero no se encontró con fuerzas. Desvió la mirada hacia el otro lado. Vio el coche que había alquilado en Brindisi, y alrededor y dentro de él varios hombres. Habían desmantelado el coche, y habían encontrado las fotografías, claro. Pero no los negativos. Se echó a reír quedamente, contenidamente, porque la herida le dio otro tirón feroz. ¡Les iba a costar lo suyo encontrar los negativos, vaya que sí! Suponiendo que aquellos traidores que secundaban a «Europa» fuesen capaces de hallar el escondite...

Había otros dos coches. Ah, sí, el de «Europa», y el de sus acólitos traidores. El debía estar en el coche de Irina, claro. Habían sorprendido a Fedor, y se lo habían cargado tranquilamente. Así estaban las cosas. Con seguridad, habían recogido del bosque los cadáveres de Coventry, de Martin, de Steve. Y el de Kramer en el

motel... Oh, sí, lo dejarían todo limpio, todo ordenado, como si nada hubiese ocurrido... ¡Conocía muy bien aquella clase de trabajos!

—Dobbs; ¿se da cuenta del tremendo perjuicio que nos está causando?

La voz de «Europa». Pero... ¿qué decía aquel cerdo? ¿Que él les estaba causando un perjuicio? ¡Magnífico!

Miró a «Europa», que le contemplaba hoscamente.

—Me alegro —dijo.

—Es usted un traidor, Dobbs.

El pasmo dejó mudo durante unos segundos a Malcom Dobbs. No podía creerlo. No podía reaccionar. ¿El era un traidor?

—¿Está loco? —masculló.

—Usted es un traidor, como Ames, como Conrad. O al menos, unos malditos idiotas que han estado haciendo todo lo posible para echar a perder uno de los mejores asuntos de la CIA.

No entendía nada.

—¿Ah, sí? —dijo por decir algo.

—Sí. ¿Qué le dijo Ames? ¿Por qué demonios tuvo que tomar las fotografías?

—Estaba haciendo su trabajo, ¿no?

—No. Nadie le había ordenado que hiciese nada semejante. Al verme a mí debió comprender que no debía intervenir, que debía alejarse y dejarme a solas con Borov.

—Por el cielo... ¡Es usted un cínico, maldito sea!

—Ya, ya. Usted dice eso porque está convencido de que estoy traicionando a la

CIA,

¿no es cierto?

—¡Naturalmente!

«Europa» movió la cabeza con el gesto de quien comprende las ingenuidades de un niño.

—Vamos a ver, Dobbs; ¿ni a usted ni a Ames, ni a Steve Conrad, se les ocurrió que las cosas podían ser al revés?

—¿Al revés?

—Es Leónidas Borov quien está trabajando para nosotros.

—¿Qué? —jadeó Malcom.

Malcom seguía sin entender. Es decir..., sí, más o menos estaba entreviendo aquella otra situación, novísima, aquella otra explicación a todo el asunto. ¿Borov estaba trabajando para la CIA?

Bueno, ¿por qué no? Lo mismo podía ser una cosa que otra. Lo mismo podía ser traidor «Europa» a la

CIA

que traidor Borov a la

MVD

rusa... ¿Por qué no?

Miró a «Europa» con los ojos muy abiertos, casi desorbitados. «Europa» sonrió sarcásticamente.

—Parece que su cerebro comienza a funcionar, Dobbs.

—No... no puede ser...

—Hace tiempo que estábamos detrás de Leónidas Borov, y por fin lo conseguimos, hace unos meses. Desde hace casi medio año está trabajando para nosotros, es él quien está traicionando a los suyos, no yo a los míos. ¿Quiere entenderlo de una vez?

—Pe... pero usted... usted... envió a matar a Bob Ames... y Borov también envió a algunos de sus amigos detrás de Ames.

—No, señor —gruñó «Europa»—. Leónides Borov no envió a nadie detrás de Ames, porque eso habría sido delatarse estúpidamente. Le diré lo que ocurrió... Bob Ames me vio, tomó las fotografías cuando estaba con Borov, pasándose de listo. Al verme con uno de los jefes rusos se precipitó en sus conclusiones, y tomó las fotos. Mientras tanto, el agente ruso Kovarian, que seguía a Ames, llamó por su radio del bolsillo a su jefe de Istanbul, diciéndole que el americano Ames había tomado unas fotografías en el Puente de Gálata, pero que no sabía qué había fotografiado, aunque el americano parecía muy excitado. Recibió la orden de quitarle las fotografías a Ames, y fue a por él. Pero Bob Ames se lo cargó, y escapó en la lancha con la que solía operar en la zona. Leónidas Borov se enteró de todo esto por medio del jefe de Istanbul poco más tarde, cuando lo visitó, ya que éste era el motivo oficial de su viaje a Istanbul. En cuanto pudo, Borov me llamó, asustado, diciéndome que uno de los míos había tomado fotografías en el Puente Gálata justamente por donde estábamos nosotros y a la hora en que nos encontramos, secretamente, como es de suponer.

Me dijo también que el jefe ruso en Istanbul había dado orden de que el americano Ames fuese buscado y capturado como fuese, y que se le arrebataran las fotografías... Borov estaba aterrado: si esas fotografías caían en manos de sus camaradas, él estaba perdido. ¿Lo entiende?

—Dios... ¡Claro que lo entiendo!

—Pues ya era hora —gruñó «Europa»—. Bueno, yo le dije a Borov que no se preocupase, que yo recuperaría esas fotos. Pero no me pareció conveniente recurrir a los servicios normales de la CIA,

ya que si agentes normales como usted, Conrad, Ames y otros, veían las fotografías, yo temía que llegasen a la verdadera conclusión, es decir, que Borov se había vendido a nosotros. Y esto era peligroso, por dos motivos. Uno, que cualquier agente de la CIA

podía cometer la indiscreción de mencionar el asunto en ambientes inadecuados...

—¿Qué quiere decir «inadecuados»?

—Al parecer, usted no puede admitir que entre nosotros haya algún traidor aparte de mí, Dobbs. ¿Qué habría ocurrido si uno de los nuestros que veía las fotos o se enteraba de su contenido era un traidor y avisaba a los rusos? Pues, que Borov sería detenido, y eso nos privaría de un magnífico elemento en Moscú. Segundo motivo: aun en el caso de que no hubiese traidor alguno entre nosotros, no quería de ningún modo que esas fotografías circularan, pues comprometían mucho a Borov. Así que recurrí a hombres de mi entera confianza en asuntos de alto nivel: Martin, Coventry y Kramer..., aunque sin dejar de utilizar... discretamente los servicios normales para ir localizándole a usted. ¡A toda costa tenía que recuperar esas fotografías!

—A toda costa... No sé si ha reflexionado sobre el hecho de que han muerto Bob Ames, Steve Conrad, Kramer, Martin, Coventry... ¡Maldito sea, nos hemos estado matando entre nosotros solo porque ese ruso le interesa a usted! ¿Tanto le interesa? ¿Tanto?

—Sí, tanto.

—¡Han muerto cinco de los nuestros por culpa de este asunto! ¡Cinco hombres! Y lo peor de todo, lo más horrible, es que hemos estado matándonos por un simple ruso... ¡Ha preferido usted seguir

con los servicios de un cerdo ruso que con los de cinco americanos que hacían su trabajo fielmente y lo mejor que podían!

—También los tres rusos que han muerto hacían bien su trabajo, y Borov los había condenado a muerte. Yo debía dejar que buscasen también, por si tenían más suerte o más vista que nosotros, pero en cuanto hubiesen conseguido las fotografías, los habríamos matado... Estábamos escondidos viendo cómo ustedes solventaban el asunto; me refiero a usted y a la rusa. En lo anterior, pese a estar usted herido, fue demasiado rápido para nosotros.

—Lo estoy oyendo y no puedo creerlo —jadeó Malcom—. Usted sacrifica cinco hombres, y Borov estaba dispuesto a sacrificar a tres de sus agentes... ¡Ocho vidas, y supongo que más si hubiera sido necesario sólo para que ese ruso siga traicionando a Rusia! ¡Ocho vidas de ingenuos de buena fe a cambio de la de un asqueroso traidor...!

—Este traidor nos es más útil que un centenar de agentes como usted, Dobbs. Por ejemplo: una semana antes de la invasión rusa en Afganistán, la

CIA

ya estaba enterada, gracias a Borov. ¡Y ésa es sólo una de las importantes informaciones que nos ha facilitado!

Malcom creyó que se le iban a saltar los ojos de las órbitas.

—¿Sabíamos que Rusia iba a invadir Afganistán?! —aulló.

—Naturalmente.

—Pe... pero... pero... ¡No! ¡No puedo creerlo!

—Ustedes, los espías de... vocación, son como niños. Deje que las altas jugadas las hagan entre Moscú y Washington, muchacho, y límitese siempre a obedecer órdenes. Bien, ya le he dicho suficiente. ¿Dónde está el negativo de las fotografías que hemos encontrado en su coche?

—Ustedes... ustedes son... como lobos sarnosos y rabiosos para mí —tartamudeó Malcom—. No quiero saber nada más de ustedes, no quiero ni oír hablar de ustedes, ni de sus métodos, ni de sus puercas mentiras, ni de...

—De acuerdo —sonrió secamente «Europa»—. ¿Los negativos?

—Los negativos. Supongamos que le digo dónde están... ¿Qué harían luego conmigo?

¿Matarme? Oh, claro, me matarían, porque yo soy un simple

americano que podría cometer una indiscreción sobre la traición de Leónidas Borov, y él vale cien veces más que yo, y que Bob Ames, y que Conrad, Kramer y los demás... ¿Verdad?

—Vamos, no sea estúpido. Entrégume los negativos.

Malcom Dobbs se quedó mirando malignamente a «Europa». De pronto, comenzó a reír quedamente.

—No los tengo aquí —dijo, sin dejar de reír.

—¿Dónde los tiene?

—Pregúnteselo a Borov.

—¡Escuche, Dobbs...!

—¡Escúcheme usted a mí! Le voy a decir lo que pienso y lo que quiero... Pienso que son capaces de matarme en cuanto tengan los negativos, de modo que no pienso entregárselos, ni aunque me hagan pedazos. Están en un sitio seguro, y comenzarían a circular si yo no pasase a recogerlos en el plazo máximo de un mes. Es decir, que como máximo dentro de un mes podrían despedirse de los... inestimables servicios de Leónidas Borov: los rusos le cortarían la cabeza. Y puesto que ya le he dicho lo que pienso, le diré ahora lo que quiero: ¡que me olviden para siempre jamás! ¿Está claro?

«Europa» se quedó mirándolo fijamente durante unos segundos. De pronto, salió del coche de los rusos, y se acercó al de Malcom, que había sido dismantelado completamente, destrozado, los neumáticos rajados... Era un montón de chatarra. Desde el coche, Malcom vio a «Europa» hablando con sus hombres de confianza que todavía buscaban entre los restos del coche. ¡Pero qué se habían creído...! ¿Que él era realmente un idiota? Bueno, lo había sido, ¡pero no tanto!

«Europa» regresó a hablar con él, sentándose en el mismo sitio que antes.

—¿Quiere que lo olvidemos, Dobbs? —susurró—. Muy bien, ése será el trato. Le vamos a dar un pasaporte, el que usted quiera y al nombre que quiera, y algo de dinero, y usted desaparecerá para siempre de escena. A todos los efectos, el agente americano Malcom Dobbs habrá sido muerto en una refriega con agentes rusos en cierto lugar de Italia. ¿Qué dice a esto?

—Quiero un pasaporte británico a nombre de Michael Towers.

—Lo tendrá. Y algo de dinero...

—El dinero se lo mete usted en el maldito culo. Sólo quiero ese

pasaporte, y el olvido total: Malcom Dobbs acaba de morir. ¿De acuerdo?

—Ya le he dicho que sí. De cuando en cuando, juego limpio. Vamos, Dobbs, a fin de cuentas es usted un americano, uno de los míos. El trato está hecho: Malcom Dobbs ha muerto ¿los negativos?

—Voy a ser ingenuo otra vez, señor «Europa» —sonrió torcidamente Malcom Dobbs—. Quizá me mate cuando ya los tenga, pero veamos si por una vez juega usted limpio: la apuesta es mi vida contra su palabra.

—Está apostando sobre seguro. Y yo también, porque sé que usted jamás mencionará en su vida a Leónidas Borov. Apueste tranquilo, muchacho.

Malcom aspiró profundamente, y señaló hacia su coche desguazado.

—Los negativos están dentro del depósito de la gasolina, en una bolsa de plástico hermética.

«Europa» enrojeció, y dirigió una furiosísima mirada a los hombres que habían desmontado el coche sin ocurrírseles mirar en el depósito. Salió de nuevo del coche, y se encaminó hacia ellos. Malcom vio palidecer al agente que le escuchó, y en seguida el hombre se dirigió hacia el coche, llamando a los demás...

Cuando «Europa» volvió a sentarse frente a Malcom, sonreía ceñudamente.

—Siento perderle a usted, Dobbs; es más bueno de lo que pensaba. Pero el trato está hecho, y sigue en pie. Le vamos a curar esa herida, le daremos algo de ropa limpia, y lo dejaremos donde usted quiera. ¿Está bien así?

—Está bien así —asintió Malcom—. Pero no vuelva a llamarme Dobbs, no vuelva a conocerme nunca. Malcom Dobbs ha muerto.

—¿Dónde y cuándo quiere ese pasaporte a nombre de Michael Towers, con todo su... expediente personal inventado?

—Dentro de un mes, en Roma —asintió «Europa»—. Ahora, lo llevarán adonde quiera, Buena suerte, señor... Towers.

ESTE ES EL FINAL

Melissa Sanfiori estaba sentada en la cubierta de popa, mirando hacia el embarcadero de Brindisi, cuando vio detenerse el taxi. Se quedó mirándole fijamente. Segundos más tarde, susurró:

—Papá.

—¿Sí, cariño? —Alzó papá Sanfiori la mirada del periódico que estaba leyendo.

—Ya... ya podemos zarpar.

Bruno Sanfiori miró hacia donde estaba mirando su hija. Vio al señor Towers caminando hacia allí, despacio. Estaba un poco pálido, y parecía cansado, o algo así. Y llevaba una chaqueta que no era de su talla... Pero era el señor Towers, desde luego.

—Muy bien, cariño —sonrió—; avisaré a Carlo de que nos vamos en seguida. ¿Tienes alguna preferencia? Quiero decir que si todavía quieres que vayamos a quemarnos al sol africano o prefieres ir a otro sitio.

—Me da lo mismo.

—Pues yo tengo ganas de ir a Africa un par de semanas.

—Entonces, vayamos a Africa.

—De acuerdo, mi vida.

Bruno Sanfiori se adentró en el yate, en busca del capitán, que debía estar haciendo la siesta. Larga siesta, pero no había otra cosa que hacer. Estaban de vacaciones, y como no navegaban, pues eso, Carlo podía dormir...

Michael Towers recorrió la corta pasarela, llegó a la cubierta del y fue a sentarse en una de las extensibles, junto a la que ocupaba Melissa, que le miraba fijamente. El la miró, y sonrió.

—¿Tienes un cigarrillo? —pidió.

Melissa señaló el paquete, en la mesita. Michael Towers encendió un cigarrillo, y se quedó mirando el humo. Le dolía la herida, pero no se había encontrado mejor en toda su vida.

—Zarparemos en seguida... —susurró Melissa—. ¿Está bien?

Michael Towers miró los ojos de color miel, y vio en ellos todo lo que recordaba, todo lo que deseaba ver. Malcom Dobbs había muerto, pero le importaba un pimiento. Si se tenía un amor como el que relucía en los ojos color miel, lo mismo daba llamarse de un modo que de otro.

—Sí... —murmuró—. Está bien, mi amor.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] Adiós, en ruso. < <